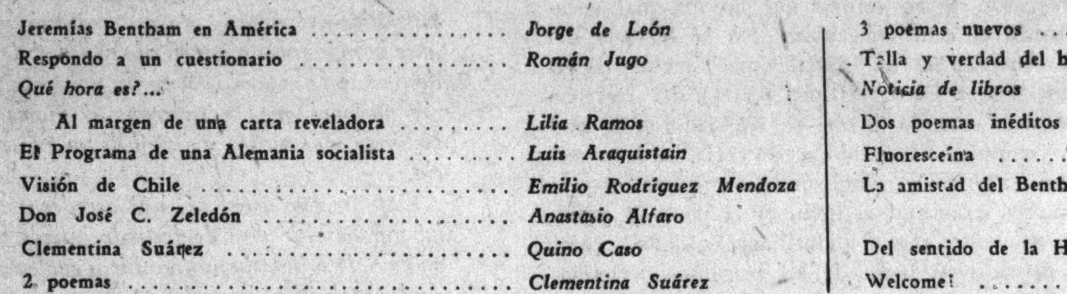
Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XL — San José, Costa Rica — 1943 — Sábado 10 de Abril — Núm. 7

Año XXIV — No. 959



Jeremías Bentham en América

Por JORGE DE LEON

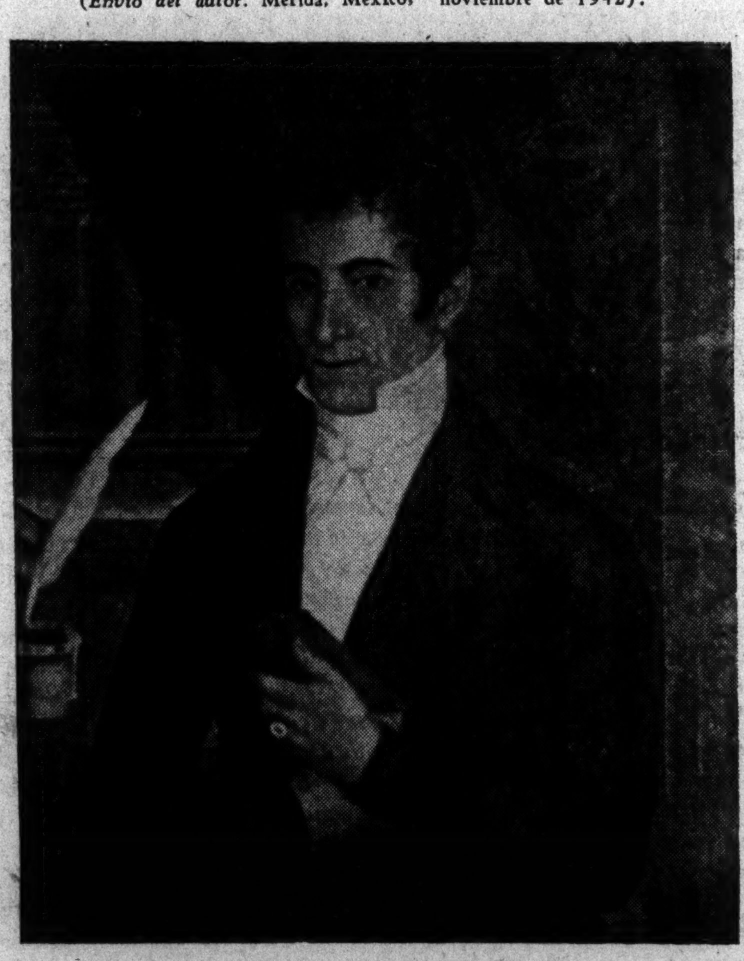
(*Envío del autor. Mérida, México, noviembre de 1942*).

Rafael Heliodoro Valle, gran escritor, ilustre poeta e incomparable estudioso de la Historia, enriquece la historiografía de América con la publicación de las Cartas de Bentham a José del Valle. En 1934, el erudito investigador publicó la bibliografía del jurisconsulto centroamericano, que acaso dió a conocer a los no iniciados el nombre de don José Cecilio del Valle, figura de relieve en los turbulentos días de la Independencia de América Central.

La Independencia de América, como es bien sabido, fué un movimiento general del Continente, pero que en cada una de sus regiones adoptó modalidades diferentes. El anhelo de independizarse de España no llevaba los mismos derroteros en México, que en Guatemala o en Colombia. El material humano que recibió del destino la misión de encauzar tales anhelos, puso en ellos sus ambiciones personales, sus convicciones o sus simpatías, cuando no sus equivocaciones lamentables. De aquí los choques y los antagonismos, el período caótico que siguió a la declaración de Independencia en cada una de las provincias de la Nueva España. D. José del Valle, sin ser precisamente uno de los próceres del movimiento, contribuyó con sus luces en lo que podríamos denominar su fase técnica, su aspecto constructivo, en lo que respecta a la América Central.

Si D. Carlos Pereyra no anda equivocado, el señor Valle incluso militó al principio en las filas de los enemigos de la insurgencia, dirigiendo el periódico denominado *El Amigo de la Patria*, que atacó furiosamente a otro que impulsaba las ideas de independencia, *El Editor Constitucional*, dirigido por el Dr. Pedro Molina. Sin embargo, le vemos luego en las filas insurgentes, colaborando decididamente en la integración de las Provincias Unidas de Centroamérica, redactando nada menos que el Acta de Independencia, influída notablemente por la que entonces daba la pauta al Continente, la de los Estados Unidos del Norte. Nada significaba este cambio de frente en el sólido prestigió de Valle. La época era de grandes desorientaciones, de perplejidades angustiosas mucho más explicables en quienes se habían formado una cultura nutrida en determinada ideología. Inclinarse ante lo irremediable, reconocer la bondad y la justicia de la causa, y pasar a ella sus entusiasmos y conocimientos, en aquellos momentos en que hacían falta cerebros que colaboraran con las energías revolucionarias en la estructuración de la nacionalidad, no es nada reprochable. Actitudes que comportan traiciones indudables han pasado a la Historia con nimbos de gloria y de reivindicación. La de Don José Cecilio del Valle, que a nadie lesionó, y que, por el contrario, fue provechosa para los intereses de América, es de las que se explican con cuatro palabras. Valle no era más que un patriota. Y estuvo siempre con lo que creyó convenía más a su patria, sincera y honorablemente.

Lo acredita su infatigable labor cultural en aquellos días en que sólo se pensaba en pelear, o por lo menos en intrigar por todo lo alto a efecto de ver lo que se obtenía de aquella merienda de negros en que terminó por convertirse el bellísimo ideal de la unión permanente y efectiva de las provincias centroamericanas. Mientras los demás se agitaban en el revuelto mar de la politiquería, Valle laboraba sin tregua ni descanso. Véanse al respecto las cartas de Bentham, para conocer el temperamento puramente intelectual de este hombre, que en mitad de la tormenta redacta pedidos de libros a Europa, empeñado en introducir en su provincia las últimas palpitaciones de la cultura europea. Dedicado a una labor exclusivamente jurídica, quiere estar al corriente de cuanto en Europa se escribe sobre las



José Cecilio del Valle

* Tan sólo pensando y obrando como Valle, se fundan instituciones. —*Ramón Rosa.*

* ...; él, que no podía amar el despotismo, porque era hombre de talento, de honrados sentimientos y de elevadas miras".—*Ramón Rosa.*

---

* El estudio más digno de un americano, es la América.

* en la hacienda he visto siempre la columna de bronce sobre que debe descansar la independencia.

* Un operario, obrero o jornalero no es un siervo: es un coproductor de la riqueza.

* . yo soy hombre de bien: yo respeto la virtud, y procuraré siempre respetarla.

* La América se dilata por todas las zonas; pero forma un solo continente. Los americanos están diseminados por todos los climas; pero deben formar una familia.

* No nos hagamos ilusión. Es imposible la producción de riqueza sin operarios; y lo es también la existencia de operarios sin educación.

(*J. C. del Valle*).

materias de su especialidad. Pero no se conforma con esto. Ya para sí, y para los estudiosos de los países nuevos, pide lo mejor de lo escrito en Historia, en ciencias y en literatura, empeñado en inyectar auténtica cultura a sus conciudadanos.

Las cartas de Bentham, que ahora nos revela la curiosidad infatigable de Rafael Heliodoro Valle, tienen entre otros motivos de interés el de mostrarnos ese aspecto brillante de la vida del sabio centroamericano. Estadista insigne, no se conforma con plasmar en una Carta Magna las aspiraciones de un pueblo, o acaso de un grupo de pueblos, ni de guiar su convivencia redactándole sus códigos indispensables, sino que quiere realizar una obra completa de cultura, como lo hicieran Bello en Chile y Sarmiento en la Argentina. Sus afanes quedan de bulto en sus cartas a Bentham, lo mismo que en las respuestas del inglés. Valle sentía sobre sus hombros el peso ingente de sus tareas jurídicas, y buscaba un guía entre los jurisconsultos más célebres de Europa. Jeremías Bentham, el fundador del utilitarismo inglés, era uno de esos espíritus selectos cuya opinión es escuchada siempre con respeto. Ahora le estudiamos a la luz de la crítica moderna, y sabemos a qué atenernos con respecto a sus doctrinas jurídicos, económicas y sociales. Pero en los tiempos de Valle, el famoso judío inglés era considerado como un consejero ideal para los legisladores de la joven América, que andaban en busca de modelos que se apartaren del cartabón hispánico. Bentham adolece de graves deficiencias en el fondo de su moral utilitaria. Su llamada "aritmética moral" es harto discutible, por más que hemos de reconocer que en nuestros tiempos se la sigue casi al pie de la letra, en una como magnífica ortodoxia del pensamiento benthamiano. Utilitaristas puros, los hombres de hoy consideran bueno sólo aquello que produce placer, satisfacciones egoístas no siempre confesables, aunque algunos se acogen a las últimas modificaciones de la tesis, en la llamada maximación del placer, que propugna el mayor número posible, con lo que se extiende de algún modo el disfrute individual de sus primeras manifestaciones. Sus continuadores llegan todavía a influir hasta en el pensamiento de los contemporáneos, con la filosofía de Spencer y Stuart Mill. Pero Valle se dirigió especialmente al jurista. Pedíale consejos, libros y proyectos. Y en verdad que no iba mal encaminado el centroamericano. En la historia del Derecho, en la del Penal especialmente, Bentham figura entre los precursores del Derecho moderno, cuando no de los realizadores de mayor empuje. Siguiendo a Beccaria, ordena sistemáticamente las circunstancias atenuantes, perfila con exactitud el delito y la pena, y puede ser reputado, según Quintiliano Saldaña, como el primero en fecha de los psicólogos criminalistas.

Con semejantes condiciones, no estaba mal escogido el asesor. Así lo indican las cartas que por primera vez hoy se publican en lengua española, gracias al talento y a la diligencia de Rafael Heliodoro Valle. Son documentos de excepcional importancia para la Historia de América, sobre todo de la que se refiere a estos países pequeños en tamaño, pero grandes en el anhelo de constituirse en nacionalidades soberanas y libres, y, más que nada, en la gloria de sus hombres ilustres, entre los que descuella en su período formativo, la personalidad eminente de D. José Cecilio del Valle, cuyas relaciones con el discutido pensador inglés hoy se ponen en claro. Son relaciones puramente intelectuales, que dicen mucho en favor de ambos personajes.

Respondo a un cuestionario

(En el *Rep. Amer.*)

San José, Costa Rica, Marzo de 1943.
Licenciado
Román Jugo Lamicq
Pte.
Señor:

El desarrollo del actual conflicto bélico y la posibilidad de su terminación están creando constantemente nuevos problemas a la humanidad, tanto de índole económica como de carácter social, político y moral. Esos problemas no solamente afectan el futuro de los pueblos y estados considerados como tales, sino también el porvenir del hombre, ente individual y elemento básico de nuestro mundo. Dentro de la profunda crisis moral porque atravesamos, especie de Edad Media en la que están naufragando todas las virtudes y todas las conquistas morales y materiales logradas dificultosamente por nuestros mayores, entristece y conturba el ánimo el pensamiento de si estaremos preparados para afrontar esa futura situación, de si la paz nos encontrará con una conciencia y un ideario definidos acerca de nuestros propósitos y nuestras necesidades en la nueva estructuración del mundo de la post-guerra.

Creemos que, lamentablemente, no existen ese ideario, esa conciencia ni esa preparación y que conviene crearlos en la ciudadanía responsable y honrada de Costa Rica mediante un intercambio de ideas, propósitos y planes personales que, unidos y ponderados, formen una base firme sobre la cual se pueda asentar una conciencia patria, ideológica y quizás combativa, tendiente al logro de un mejor porvenir nacional, o cuando menos, al conocimiento básico de nuestra realidad actual y de nuestros más esenciales ideales de mejoramiento colectivo. Persiguiendo ese sano propósito nos permitimos dirigirnos a usted,—al mismo tiempo que lo hacemos con un numeroso grupo de ciudadanos costarricenses representativos de las actividades sociales más importantes dentro de la vida nacional, integrado sin tomar en cuenta su credo político, religioso o de cualquier otra índole,—rogándole sea servido de remitirnos por escrito sus ideas, impresiones y anhelos en lo que se refiere a la situación actual y porvenir de la Patria, a los problemas económicos, sociales, políticos y morales que Costa Rica confronta ahora y habrá de encarar en la post-guerra, a los mejores arbitrios que usted considere viables para la resolución o alivio de tales problemas y en general a todo aquello que usted crea pertinente dentro de la idea fundamental que orienta esta petición. Si usted lo desea puede referirse a todos esos tópicos o solamente a los que crea de mayor trascendencia.

De justificarlo así las respuestas que recibamos, el resultado de esta encuesta nacional será publicado en un volumen que concretará,—así lo esperamos con sincera fe patriótica—el ideario de los costarricenses ante la más grave e intrincada realidad de su destino, y la expresión libre de una conciencia nacional que se enfrenta al momento histórico más oscuro y difícil de su existencia.

Caso de que usted se sirva acceder a colaborar en esta obra de fecundo interés patriótico, le estimaríamos remitir a cualquiera de los suscritos, antes del 31 de mayo próximo y en la forma más condensada que le sea posible, su respuesta escrita a la presente encuesta, por todo lo cual le rogamos aceptar los agradecimientos de sus muy atto. ss. ss.,

Angel Coronas Guardia, Daniel Quirós Salazar, Eduardo Calzada Bolandi, Fernando Cañas Vargas, Froylán González Luján, Santos Quirós Navino, Carlos Sáenz Herrera, Arturo Castro Esquivel.

—

Don Angel Coronas Guardia y compañeros.
Pte.
Señores:

Al contestar la encuesta en la que ustedes tuvieron la gentileza de incluirme, quiero, en forma muy especial, poner de relieve que considero de enorme trascendencia, como gesto de valor intrínseco, la inquietud que ustedes demuestran hacia el polifacético problema de la postguerra. Es verdaderamente alentador que, en un mundo lleno de conceptos que han perdido el sentido y de "verdades que se han vuelto locas" haya un grupo de hombres que, con sinceridad y buena fe, llamen la atención de los demás a la discusión serena de los problemas del futuro. Ahora, cuando por todas partes oímos hablar de la justicia, de la paz, del bien, es cuando comprendemos que esos conceptos han perdido el sentido, puesto que se hallan también en boca de quienes los destrozan con sus actos. Ahora es cuando también debemos pensar que las eternas verdades que conmovieron al mundo hace veinte siglos, han empezado, como dice Chesterton, "a volverse locas". Ahora, cuando se tambalean los cimientos de todo lo construído sobre la materia y sobre el espíritu, es cuando más que nunca se experimenta la necesidad de aferrarse a algo que pueda subsistir, a algo que sea más fuerte y más duradero que la hecatombe... y debemos encontrarlo. Quizá la meta sea lejana y un tanto intangible. Quizá ese "algo" no sea más que una aspiración, irrealizable por completo dentro de lo efímero de las cosas terrenales, pero tenemos derecho a esperar que el camino que allí nos conduzca ha de ser lo suficientemente sólido para que podamos transitar por él con el pie firme y la frente erguida... Y vamos a intentarlo:

Desde los primeros pasos tropezamos con un obstáculo que hace siglos detiene la marcha del mundo: *el miedo*. No es el miedo de los delincuentes a la ley, ni el de los tiranos a la reacción popular, ni el de los pecadores a la justicia de Dios, miedo bendito, que, aun cuando inferior, como concepto determinante, al impulso potente de una voluntad dirigida hacia el bien, podría dar frutos sanos y robustos. Es el miedo

de los buenos: el miedo a la tiranía, a la injusticia, al engaño, a la opresión, a la miseria, a la barbarie. El miedo a seguir siendo honrado en medio de los bandoleros; el miedo a ser pobre entre los ricos; el miedo a ser débil ante los fuertes; el miedo a ser sincero frente a los mentirosos; el miedo a estar desamparado bajo la bota de los tiranos. Ese miedo que frena todos los impulsos nobles y limpios; que cierra las bocas de los que deben protestar; que hace ceder ante el primer golpe para evitar el segundo; que convierte al hombre honrado en esbirro del opresor y al miserable en testigo impasible de la injusticia. Nada puede avanzar mientras esa barricada no sea removida. Nada puede construirse sobre esa base inconsistente que, a manera de tremedal, tarde o temprano ha de abrirse para tragárselo todo. Es preciso arrancar del alma de la humanidad entera la noción de ese miedo. Pero para ello debemos actuar todos, todos los hombres, en forma tal que nuestros gestos y nuestras palabras no siembren ese miedo en los demás. Para que haya hombres sin miedo, es preciso que haya hombres sin motivo para sentirlo. Y no hablo de hombres valientes, porque éstos son los que lo sienten y lo dominan, y un mundo moderno, civilizado y justo, no tiene derecho de exigirle a nadie que sea un héroe. Pero el mundo del presente tiene la obligación de crear un ambiente sereno y ecuánime dentro del cual puedan vivir, no sólo los personajes de Homero, sino también los hombres sencillos y pacíficos que encontramos todos los días en la calle. ¡Eliminemos, pues, el miedo! Seamos sinceros, honestos y tolerantes. Respetemos los derechos de los demás. Matemos dentro de nosotros la ambición y la codicia, el odio y la brutalidad, para que así dejemos de movernos dentro de un círculo de miradas asustadas y miembros temblorosos. El miedo desaparecerá del mundo cuando dejemos de sembrarlo con nuestra incomprensión. Y, entonces, cuando todos podamos vernos las caras sin temor ni vergüenza, podremos empezar a construir juntos...

Y así podremos marchar por la nueva senda con un poco de firmeza y de soltura. No quiero verla como un camino local, hecho sólo para los costarricenses. Nuestro porvenir ha de estar confundido con el futuro del mundo entero, porque hace ya mucho tiempo que sentimos en nuestra propia carne todos los dolores de la humanidad y nos alegramos con todos sus triunfos. Porque no puede ser de otra manera... Sé que hay una serie de detalles que, en lo político, en lo moral y en lo social, han de ser estudiados y resueltos desde el especial punto de vista de nuestro medio ambiente. Sé también que lo harán así muchas de las personas que comprende esta encuesta. Ellas lo harán mejor que yo. Figuran en el grupo personas vinculadas desde hace muchos años a la marcha diaria de nuestra vida nacional. Desde la cumbre de la montaña, el militar experto divisa todos los accidentes del terreno y sabe cuáles son los sitios a propósito para emplazar la artillería y para encauzar los movimientos de las tropas, y el meteorólogo sabe en qué punto va a caer la lluvia y a cuál va a herir el rayo de la próxima tormenta. Y el que no sabe nada de nada y sólo desea el bienestar de todos, no puede más que imaginar caminos hacia el infinito...



Y por la senda en que no existe el miedo se puede marchar mejor y simultáneamente en tres direcciones:

En lo moral, porque ya ser honesto no ha de constituir una debilidad que nos pone a discreción de los demás, y porque ya el temor de sufrir no nos ha de lanzar por tortuosos vericuetos ni ha de silenciar nuestra protesta justa ante la deshonestidad de los otros.

En lo político, porque ya no nos asustará la opresión y podrán todos los conglomerados sociales gobernarse como quieran y no al ritmo violento de las pasiones de un déspota.

En lo social, porque no desconfiaremos los unos de los otros y podremos marchar juntos hacia un mismo anhelo de justicia.

La armonía de esta marcha trifacial ha de traer consigo la solución del problema económico a base de justicia social. Creo no sentar cátedra de empirismo, si, con el más profundo respeto hacia el doctrinarismo científico de las ideas económicas modernas, proclamo la solución del problema económico mundial con un criterio de comprensión, de respeto mutuo, de tolerancia, de sinceridad y de buena fe. Siempre he podido sentir dentro de mí mismo, espontáneamente, la necesidad de un reconocimiento absoluto del derecho de todo hombre a la satisfacción completa de todas sus necesidades y aspiraciones, cuando estas necesidades y aspiraciones son limpias. Y siempre he comprendido igualmente que existe una obligación sagrada e ineludible por parte de aquellos que en la vida colman todos sus propósitos, de hacerse a un lado en el tanto suficiente para que los demás quepan dentro del círculo de satisfacción en que ellos se encierran. Pero esto ha de conseguirse haciendo entrar en cada alma la comprensión profunda de sus deberes. Repudio la violencia porque ella se engendra a sí misma, porque cada violencia crea una represalia, pero también creo que nadie tiene derecho para hacerla deseable y necesaria a los demás. Sé lo que sufren los obreros y los campesinos, los menesterosos, los que, bañando en sudor y en sangre tierras y herramientas, sostienen sobre sus hombros la plataforma donde pasean otros más afortunados pero no siempre más dignos. Lo sé porque los conozco de cerca, porque he vivido y trabajado entre ellos, y, en cierta forma y ocasión, también como ellos y, si alguna diferencia hay ahora en mi vida, Dios, buenos amigos y azares afortunados saben cómo vino. Otro cualquiera pudo también salir de esas filas y subir a mejores alturas, quizá con más méritos que yo. Por eso sé que somos iguales, que soñamos con las mismas cosas y tenemos las mismas necesidades... porque todos somos hombres. Por eso creo en una humanidad justa y comprensiva donde no sea necesario arrebatar, porque lo que se merece se recibe; donde no sea necesario mentir, porque todas las ideas serán igualmente respetables y lo único que se opondrá a una será otra; y donde en el debate sereno de las cosas públicas, la colectividad, por medio de quienes ha elegido libremente para regir sus destinos, sabrá reglamentar la vida de todos sus miembros en forma equitativa.

No sé si mis palabras tendrán algo de quimérico y de ingenuo para quienes no creen más que en los sistemas que se apoyan en la fuerza. Pero si así fuere, también lo tuvieron las de Alguien que dijo cosas parecidas hace dos mil años y esas palabras aún resuenan en los oídos del mundo como una verdad incontrastable. ¿De qué sirven los sistemas si, al fin y al cabo, los que los crean son los hombres y éstos pueden cambiarlos a su antojo? ¿De qué sirve la fuerza, si esa fuerza hoy puede apoyar un sistema justo y mañana otro que no lo es? Sólo podemos construir sobre la mente y el corazón de cada hombre, pues es cada hombre y todos los hombres juntos los que trazan la ruta de la humanidad. Cuando en todos existan los mismos anhelos de justicia y de paz, cuando en ninguno de ellos halle tierra propicia el germen de ninguna ambición, ¿quién creará los problemas cuya solución hoy nos aflige?

¿Es que no podemos sentir y comprender que un conglomerado social de hombres sinceros, honrados y de buena voluntad está por encima de cualquier doctrina política o económica, pues ésta no puede vivir sin él y él, en cambio, puede crearla y mejorarla continuamente?

Los problemas cambian, las situaciones sociales son diferentes a través de la historia y la opresión y la injusticia pueden revestir muy diversos aspectos, pero si ante cada problema, frente a cada situación y contra todo desafuero oponen los hombres una bien templada rectitud de principios y de carácter, (no importa que sea la misma para todos los casos, pues no debe cambiar como cada sistema), podremos estar seguros de llegar a la solución de los conflictos del futuro.

Roman Jugo



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones, antipedagogía.

Al margen de una carta reveladora

(En el *Rep. Amer.*)

A Virginia González Ramos, maestra por vocación y espíritu finísimo.

Eduardo Mellea es autor que inquieta hondamente. El estímulo de unas líneas suyas sobre Franz Kafka—muerto en 1924, la fecha en que cumplía 41 años— se convirtió en imperativo al leer el maravilloso capítulo que le dedica en *El sayal y la púrpura*

Con ansiedad leí cuanto pude obtener: *El proceso, La metamorfosis y once de sus cuentos*—catorce lacónicas pesadillas los llama Jorge Luis Borges. Hasta un simple aficionado de la psicología de fondo, puede encontrar muchísimas revelaciones en las páginas de Kafka; él mismo declaró que su obra procede del conflicto creado entre él y su padre— hay además otros factores— quien lo despreció siempre y de cuya tiranía sólo consiguió escapar a los 39 años.

No exagero al asegurar que una lupa adleriana puede encontrar en la obra kafkiana, material abundante para un libro sobre los sentimientos de inferioridad. Continuamente surgen expresiones que acusan su incipiente psicosis de opresión; las situaciones en que el protagonista aparece rebajado en su nivel autoestimativo, se multiplican en forma sorprendente. Cada uno de sus personajes tiene un anhelo extravagante de significación.

Alma de fácil lectura, Franz Kafka es uno de tántos casos de desaliento; un sinnúmero de detalles interesantes nos ha sido trasmitido por su entrañable amigo Max Brod, a quien debemos también el privilegio de conocer la obra kafkiana. Iteradas recomendaciones del obsesionado para que destruyera sus escritos, cayeron en el vacío.

En este comentario, sólo quiero referirme a la carta siguiente —trágicas y reveladoras las califica Mallea— y que debe interesar a todo educador de verdad.

"Querido padre: una vez me preguntaste por qué afirmaba yo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe contestarte nada; en parte precisamente por ese miedo que te tengo y en parte porque en la argumentación de ese miedo entran muchos detalles, muchos más de los que yo pudiera coordinar hablando.

"Yo era un niño tímido y sin embargo, como suelen ser los niños, seguramente también terco; sin duda también me mimaba mi madre, pero no puedo creer que yo haya sido especialmente difícil de guiar. No puedo creer que una palabra amable, un silencioso tomarme de la mano; que una mirada bondadosa, no haya podido obtener de mí todo lo que quisiese. Ahora bien: tú en el fondo eres un hombre bondadoso y dulce (esto no se contradice con lo que sigue, puesto que hablo solamente del personaje cuyo efecto sentía el niño), pero no todos los niños tienen perseverancia e intrepidez suficiente para buscar y buscar hasta llegar a la bondad. Tú puedes tratar a un niño solamente como tú mismo estás hecho: con fuerza, alboroto e iracundia y esto te parecía más adecuado aun para el caso, ya que querías educar en mí a un muchacho fuerte y valiente.

"Tú habías llegado tan alto mediante tu propia fuerza y por eso tenías una confianza ilimitada en tu opinión. Desde tu sillón gobernabas el mundo. Tu opinión era la exacta y cualquiera otra, alocada, excéntrica, chiflada, anormal. Y tu confianza en ti mismo fué tan grande, que ni siquiera era necesario que fueras consecuente para que, sin embargo, no cesaras de tener razón. Podía suceder también que acerca de algún asunto no tuvieras opinión alguna y que por eso, todas las opiniones que con respecto a este asunto fueran posibles en general, hubieran de ser falsas sin excepción. Podías, por ejemplo, blasfemar contra los checos, luego contra los alemanes, luego contra los judíos y esto en cualquier sentido, sin selección alguna y finalmente no quedaba ya nadie más que tú. Adquirías para mí lo enigmático de todos los tiranos, cuyo derecho se basa en su persona y no en el pensamiento".

La misiva comienza con una confesión terrible: el niño temía a su padre. Entre educando y educador debe existir el cariño o cuando menos la simpatía; de otra manera, la influencia será nula en el mejor de los casos y de todo punto deplorable en el resto. La experiencia nos muestra con claridad que la relación cordial es factor ineludible en la difícil tarea de educar. ¿Cómo es posible, entonces que un padre— maestro, abuelo, madre, tía, pretenda educar despertando en otro ese agente desorganizador que es el miedo?

Recuerdo aquí—y sin ahondar en el problema complejo— algunas de las causas funestas que puede originar el temor.

1—La timidez. El niño sabe que siempre está colocado en situación de inferioridad ante los grandes— fuerzas físicas, saber (?), autoridad— Si reforzamos esta idea con actitudes violentas— órdenes imperiosas, castigos— sólo conseguimos estimular en los chiquitos el concepto de su escaso valor. Y como lógica consecuencia, se va destruyendo la confianza en sí mismo indispensable en la lucha diaria.

2—El miedo puede originar el odio—sentimiento negativo.

3—Se fomenta la hipocresía y su inherente, la mentira. Aparte de los desastrosos efectos fisiológicos que produce el miedo, vemos que con él sólo se obtiene una pésima educación que puede llegar a formar seres cobardes o irresponsables.

El padre de Kafka agravó la timidez de su hijo, natural en un muchachito enfermizo y con el complejo de inferioridad racial. Otra circunstancia que actuó desfavorablemente en la formación del pequeño Kafka, fué la actitud de su madre. Ella lo mimaba, es posible que guiada por impulso natural y también con el deseo de aliviar el sufrimiento de su hijito por el trato despótico del padre. Niños educados por fuerzas contrarias, generalmente devienen neuróticos, sobre todo cuando hay terreno favorable como en este caso.

"Yo era un niño tímido y sin embargo, como suelen ser los niños, seguramente también terco". Es observación muy digna de tomarse en cuenta Muchos educadores se sorprenden a menudo cuando un niño tímido se empecina en algo, aunque para ello deba desafiar a los que sabe más fuertes, pues están acostumbrados a manejarlo como una marioneta. En la timidez— como en otros estados de inferioridad—hay ciertas manifestaciones equívocas. Todo educador debe tener presente que ninguna injusticia, ninguna ofensa, permanece en el alma sin respuesta. Lo que sucede con los tímidos es que se reprimen; pero algún día, la medida se colma y entonces aparecen los caprichos o terquedades en los niños. En la edad adulta— o antes en la adolescencia— puede surgir una verdadera neurosis, o una forma benigna: aquellos seres que el lenguaje común denomina envenenados.

Montaigne dejó un magnífico historial de los sentimientos de inferioridad en sus prolijos autoanálisis. Sabido es que el ilustre magistrado de Burdeos padeció de una aguda subestimación de sí mismo, visible a simple vista. Hay una observación que calza muy bien en este comentario, pues se refiere a una de las llamadas manifestaciones equívocas de ciertos espíritus:

"Recuerdo que, desde mi más tierna infancia, se notaba en mí cierto porte del cuerpo y unos gestos que testimoniaron alguno gallardía vana y tonta".

Sabemos que estas actitudes de superioridad representan alguna forma de las compensaciones que busca el que se siente inferior y que suelen engañar a los no perspicaces.

"...no puedo creer que una palabra amable, un silencioso tomarme de la mano, que una mirada bondadosa, no haya podido obtener de mí todo lo que quisiese".

He aquí una sencilla y excelente lección a los educadores y que no necesita comentario.

Más de una vez he encontrado en las obras de Kafka, expresiones que revelan claramente algunas cosas que de niño echó de menos.

"...hombres en mangas de camisa se apoyaban en ellas— las ventanas—o vigilaban a los niños desde el borde de la calzada, con *prudencia y ternura*.

"Había comodidad para que los niños se movieran" Cuántos pequeños detalles añoraba el niño Kafka— cuántos como él!— y qué fáciles de obtener con buena voluntad!

Kafka vivió atormentado por sus sensaciones de inferioridad, llegó a creer que hasta unos niños lo despreciaban. Curioso observar la reflexión que esa— talvez supuesta—actitud infantil provocó en él: pensó que si tenía que volver a estar ante ellos, debía llevarles confites para ganárselos o un bastón para pegarles.

Surgieron en su conciencia dos ideas opuestas: la de atraerlos y la de rechazarlos— ésta última es como un símbolo de sus relaciones con su padre.

"...ya que querías educar en mí a un muchacho fuerte y valiente".

Fallaron aquí las buenas intenciones. Craso error de muchos padres— valga añadir líderes, gobernantes— quienes consideran que desplegando fuerza en su conducta ante sus subalternos, pueden conferirla o inyectar valentía. Hoy sabemos los graves resultados de este procedimiento y la actitud que adoptar en cada caso.

"Tú habías llegado tan alto mediante tu propia fuerza y por eso tenías una confianza ilimitada en tu opinión. Desde tu silla, gobernabas el mundo".

Muy importante es que las personas logren

una superación gracias a sus propias fuerzas. Afirmo que hubo errores en la educación del padre de Kafka y que ellos originaron su complejo ególatra. Su anhelo de significación se desplazó del campo normal hacia el negativo de la vida. Esos seres asociales siempre quieren tener razón y lo condenan todo. Viven haciendo crítica injusta o burlándose de todo. Prácticamente están incapacitados para educar, pues su conducta sólo suscita la agresión estéril.

Un hombre mal educado educó erróneamente a su hijo y así pudo haber continuado la cadena. Hay que reparar los eslabones dañados—educarse para educar— o destruirlos si no sirven— negando ingerencia a los malos educadores.

Ninguna manifestación debe pasar inadvertida ni sin la justa apreciación, para el que tiene ante sí la responsabilidad que entraña un educando. Oportuno recordar que Franz Kafka tenía una afición desmedida por las novelas de aventuras y por los libros de viajes—clarísimo el deseo de evasión del hogar.

Muchas más y variadísimas acotaciones podrían agregarse a esta carta—otras tántas son de simple leer. Sólo he querido—, educador honrado, que pienses a menudo— como lo hago yo— en mejorar tu trabajo que verdaderamente debe ser sagrado.

LILIA RAMOS

Costa Rica, marzo de 1943.

El programa de una Alemania socialista

Por LUIS ARAQUISTAIN

(Envío de la *Atlantic-Pacific Press Agency*. Londres.)

En un artículo anterior, *Wells, Shaw y la guerra*, he comentado una carta de Bernard Shaw al semanario *Tribune*, de Londres. En ella hay una afirmación que necesita un nuevo comentario. Es la siguiente: "Los alemanes tienen que curarse de su locura (la locura de querer dominar el mundo) por sí solos. Vendrá la inevitable reacción, y debemos esperar a que venga".

Esta era una de las dos actitudes que los pueblos de Europa han solido mantener con los afectados por el delirio de un imperio universal. La otra fué la de Roma con Cartago: su destrucción absoluta. Esta última solución nadie la quiere en el caso de los alemanes. Cartago era una ciudad. Alemania es un país de unos ochenta millones de habitantes. No sería humano, ni acaso posible, acabar con todos, ni con la mayoría.

Pero la solución propuesta por Bernard Shaw tampoco parece viable. Las naciones no se curan espontáneamente de su vesania de dominio sino con excesiva lentitud y a costa de enormes sacrificios para el resto del mundo. A los locos colectivos no se les puede aislar en un manicomio como a los individuales. Por su naturaleza, son locos sueltos y, como tales, un peligro permanente para las otras naciones. De su delirio de imperio universal España tardó en curarse unos tres siglos, durante los cuales estuvo en guerra casi continua con los demás Estados, y todavía aparecen de vez en cuando en algunos españoles, sobre todo en los últimos tiempos, síntomas de recidiva, aunque sean más retóricos que positivos; pero esos trastornos mentales comienzan o recomienzan siempre como elucubraciones retóricas. Francia tardó otro tanto en curarse de su dolencia imperialista, y esperamos que la caricatura cesárea de Napoleón III haya sido su última manifestación de esa enfermedad.

La locura alemana de un imperio universal viene de más lejos. En rigor empieza a hacerse sentir en la Edad Media con el Sacro Imperio Romano. Los alemanes se creían los continuadores del Imperio de Roma en Occidente. Esta pesadilla de poder aletea en Federico el Grande, que ve en Prusia el núcleo de una nueva expansión germánica, y es también el íntimo resorte que mueve el alma ambiciosa de Bismarck. Es este hombre de presa el que reanuda con la anexión de las provincias danesas de Schleswig Holstein, pronto hará ochenta años, la política de conquista de Europa. Alemania es la única gran potencia europea que, desde hace casi un siglo, practica esa política de agresión en el Continente: después de sus ensayos mediovales y de los intentos de España y Francia, le llega otra vez su turno. No verlo así, como parece no verlo Bernard Shaw, es no saber leer la historia de Europa.

Si tres siglos son el período de que una nación necesita para curarse de su megalomanía imperial, faltan otros dos siglos para que Alemania recobre la razón y deje en paz al mundo. Plazo excesivamente largo y peligroso, porque hay que suponer que los alemanes, abandonados a su arbitrio, no se vuelvan razonables con más prontitud que otros locos semejantes. Ello significaría que si esta guerra concluye con una paz negociada, como quiere Bernard Shaw, o con una paz como la de 1918, que permita a Alemania rearmarse a placer, como quieren los propios alemanes, incluso algunos que pasan por muy revolucionarios, el mundo tendría que sufrir por mucho tiempo una serie de guerras atroces como la de 1914 y la actual. Esto quizás no le importe a Bernard Shaw que en su teatro juzga muy severamente la comedia humana, pero en cambio contempla, desde la alta cumbre de su longevidad, el drama de la historia *sub specie aeternitatis*, con la indiferencia de un dios. A los demás mortales no puede serles indiferente tan catastrófica perspectiva, pues no ya un ciclo de guerras como la presente, sino una sola más destruiría para siempre, o por lo menos durante muchos siglos, la civilización europeo-americana.

No sé si Bernard Shaw es de los que creen que ese retorno de los alemanes a la razón, que él espera de su espontaneidad, ha de operarse al término de esta guerra. Son muchos en el mundo los que se adormecen en esta ilusión. Una organización socialista de Londres acaba de condenar, como reo de vansittartismo, el discurso que hace poco pronunció Wolstencroft como presidente del congreso de los sindicatos británicos. "Este comité—añade el acuerdo de la organización aludida—espera vivamente la ocasión de cooperar con los obreros alemanes y aliados, en un pie de igualdad, a la instauración de una Europa socialista". Soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería... Humildemente ignoro la Europa que saldrá de esta guerra, aunque mucho me temo que la mayoría de los sueños utópicos que ahora circulan como programas de realización inminente van a tener un despertar bien amargo. Lo que sí sé es que la etiqueta socialista, al frente de un Estado, no es necesariamente sinónima de pacifismo y confraternidad universal. No tenemos ninguna garantía de que una Alemania socialista, si surgiera de la guerra, sería mejor para la paz y la convivencia internacionales que la Alemania de los Hohenzollern y de Hitler. Mis temores no se fundan en prejuicios, antipatías ni paralelos históricos, sino en un documento redactado por un grupo de socialistas alemanes y austriacos antes de la guerra y cuya divulgación, aunque sea en extracto, no me parece ociosa.

Se trata de un folleto publicado en París, en julio de 1939, con el título de *La próxima guerra mundial*. Como autor responsable aparece el grupo político *Neu-Beginnen* (empezar de nuevo), formado por individuos pertenecientes al partido de obreros socialistas, de Alemania, y al partido de socialistas revolucionarios, de Austria, ambos disidentes de los partidos socialistas tradicionales. Los afiliados al *Neu-Beginnen*, autores del folleto, andan ahora desparramados por Inglaterra y los Estados Unidos y constituyen el núcleo germánico extremadamente activo que más combate el llamado vansittartismo. Por algo será, como vamos a ver sólo con echar una rápida ojeada a su folleto.

Fieles a un marxismo vulgar, más bien de escuela primaria, que goza de mucha boga en nuestra época—"¡Yo no soy marxista!", hubiera repetido Carlos Marx, de vivir, ante esta nueva y tosca desfiguración de su doctrina,—estos socialistas alemanes y austriacos juzgan la guerra que ven venir, y ciego hacía falta estar para no verla,

como un resultado inevitable de las "leyes de evolución del sistema capitalista", de sus famosas "contradicciones internas". La idea de que un Estado y una nación quieran dominar el mundo, independientemente de su organización económica, incluso bajo un régimen socialista, no les cabe en la cabeza. El afán de poder por el poder no existe para ellos. Todo es capitalismo e imperialismo. La paz de Versalles fue una "paz imperialista", pero, por lo visto, no una paz púnica, pues gracias a esa terrible paz imperialista pudo rearmarse Alemania casi de la noche a la mañana.

Pero estos revolucionarios, en el papel, son hábiles oportunistas en la realidad. No supieron o no quisieron hacer la revolución en Alemania, ni impedir o tratar de impedir revolucionariamente la toma del poder por Hitler; pero una vez que estallase la guerra, y acaso por este motivo la deseaban, querían que Rusia y las potencias occidentales lograsen lo que ellos ni siquiera intentaron: quitar del poder a Hitler y dejarles el paso a ellos. "La actitud del socialismo revolucionraio en la guerra venidera debe ser por tanto fundamentalmente distinta de su actitud en la guerra mundial de 1914-1918". Es decir, los obreros deben apoyar a las potencias enemigas del fascismo para derrotarla y permitir que los socialistas revolucionarios alemanes se adueñasen del gobierno y dirijan los destinos de este país.

¿Qué harían los socialistas revolucionarios de Alemania en el poder? Por de pronto "movilizar el máximo de aliados internacionales contra el peligro de una intervención". Por eso son tan antivansittartistas. Ellos quieren administrar solos la revolución que les darán hecha, a costa de su sangre y de su erario, los demás pueblos. Y no sólo administrarla, sino extenderla al mundo entero. "Del mismo modo que la Alemania fascista es el centro de la reacción mundial, la revolución socialista de Alemania será el próximo eslabón decisivo en la cadena de la revolución mundial". El caso es ser, en una forma u otra, el centro, el eslabón o el ombligo del mundo. Los títulos a esta hegemonía revolucionaria están a la vista. Alemania es "el país más altamente industrializado del Viejo Mundo", y allí hace tiempo que está "el socialismo en el orden del día de la historia". Es posible que el socialismo alemán esté en el orden del día de la historia, pero hasta ahora lo único que está en el orden del día de la realidad es el cesarismo de Hitler.

Otro título a esa misión rectora es el triple amor de los alemanes a la cultura, a la libertad y a la democracia. Hay que transcribir todo el párrafo donde se afirman estas bellezas para creerlo: "Y, finalmente, la tercera y más importante garantía (de que la dictadura de los socialistas revolucionarios alemanes no será abusiva) reside en las condiciones históricas y culturales de Alemania y en el firme deseo de libertad que sienten las masas revolucionarias y los propios socialistas revolucionarios. Gracias a su nivel general de instrucción y cultura y, en parte, a sus tradiciones democráticas, la mayoría de los obreros e intelectuales alemanes no han adoptado nunca la ideología del totalitarismo fascista, y después de su destrucción, se opondrían enérgicamente a cualquier tentativa que quisiera despojarles de su libertad, recién ganada, para administrar sus asuntos conforme a un nuevo totalitarismo". Acaso como en 1933. Entonces también los obreros e intelectuales alemanes, enardecidos por su alto "nivel de instrucción y cultura", por su "firme deseo de libertad" y, sobre todo, por sus "tradiciones democráticas" de cuya existencia el mundo ignorante no tenía la menor noticia hasta hora,, se levantaron como un solo hombre contra Hitler para defender la libertad recién ganada por el sacrificio de una guerra de cuatro años y las armas victoriosas de los países aliados. *Risum teneatis!*

Las naciones unidas se están rompiendo la cabeza en busca del modo jurídico de que se castigue a los criminales alemanes. Ese es también un problema que los socialistas revolucionarios alemanes han resuelto de antemano. "Ellos (los socialistas revolucionarios) pondrán en libertad a los presos políticos, y en su lugar meterán en la cárcel a sus opresores". Como se ve, la Alemania socialista haría una revolución con guante blanco, y si las potencias vencedoras quisieran intervenir para castigar más duramente a los culpables, los socialistas revolucionarios movilizarían el proletariado internacional para impedirlo. Y no se diga que la guerra no había comenzado cuando se escribió este folleto y que sus autores no podían prever los crímenes subsiguientes: la guerra nazi contra sus adversarios alemanes empezó en 1933—en realidad había empezado mucho antes,—y si éstos piensan que basta castigar las violencias e indignidades de que han sido víctimas con una simple prisión, puede imaginarse el mundo cuál sería el porvenir del partido nazi si no hubiera otros jueces que estos sedicentes revolucionarios, tan poco sensibles, al parecer, al dolor físico y moral y al sentimiento de la justicia.

Instalados en el poder y protegidos contra toda intervención justiciera por el socialismo internacional, estos revolucionarios alemanes procederían a dirigir la "ola revolucionaria que barrería grandes partes de Europa y Asia y tendría su centro en Alemania, con su alto nivel industrial y cultural y la larga tradición democrática de su movimiento obrero". El folleto no se cansa de repetir estos títulos de los socialistas de Alemania a dirigir la revolución mundial en nombre de su industrialismo, su cultura y su democracia; cuando no por su pretendida raza aria, como presumen los nazis, los alemanes tienen que declararse superiores al resto del mundo por cualquiera otra cosa. Una revolución social, que se estime, no puede ser imperialista, claro está, y los revolucionarios alemanes tienen buen cuidado de tranquilizar a sus vecinos: "la primera tarea internacional de la revolución alemana será liquidar el imperialismo alemán". Tampoco Hitler, mientras se armaba decía tener otra ambición que restituir a Alemania sus fronteras naturales. Luego hemos visto cuáles eran: la redondez del globo terráqueo.

Los socialistas revolucionarios alemanes, más modestos, por ahora, sólo aspiran a "federar" los Estados del centro y el Este de Europa en torno de Alemania. "Sólo una Alemania socialista podrá ofrecer una solución federal". Esos Estados tienen el derecho, no faltaba más, de federarse o no con Alemania; el principio de autodeterminación es sagrado. Esto, en teoría. En la práctica, "los pueblos de la Europa central y oriental viven juntos, tan inextricablemente mezclados, que cualquier intento de trazar fronteras en este sentido (en el sentido de la autodeterminación) tropezaría con las mayores dificultades técnicas. Además, muchos de ellos son tan pequeños, que sus Estados nacionales no podrían existir independientemente".

¿No está claro?. Muchos Estados de la Europa central y oriental no pueden ser independientes; otros dependen ya tanto de los demás (léase de Alemania), que no tienen libertad de determinación. Deben, pues, federarse. Pero ya hemos visto más arriba que sólo una Alemania socialista, con su industrialización, su cultura, etc., puede servir de núcleo o centro federal, además de ser el centro de la revolución del mundo. Por donde quiera que se mire el problema, el centro de todos y de todo es siempre Alemania. En último término, lo que Hitler quiere no se diferencia mucho de lo que proponen estos socialistas revolucionarios alemanes. Sus métodos parecen, en la emigración, más suaves; pero, llegado el caso, si sus vecinos se mostraran con ellos tan poco complacientes como con Hitler, nada nos garantiza de que no obrarían lo mismo.

De lo transcrito se desprende con toda evidencia que la idea fija o delirio de un imperio universal, llámese capitalista, nacionalsocialista o socialista revolucionario, tiene raíces muy profundas en Alemania. De ella puede decirse lo que Federico el Grande escribía a Voltaire acerca de los prejuicios: "Chassez les prejuges par la porte, ils retreront par la fenetre". El mundo arroja por la puerta, tras torrentes de sangre, la idea de dominio universal de los alemanes, y ella vuelve a entrar con máscara socialista, por la ventana. La reacción alemana que espera Shaw no parece todavía visible en el horizonte. No queda, pues, otro remedio que imponérsela a la fuerza. Esta es la tercera solución. Esto y no otra cosa, es el vansittartismo.

Noviembre, 1942.

De la Vida y de la Muerte

XVII

Del sentido de la Historia

(En el *Rep. Amer.*)

De la ignorancia o mala interpretación de la vida global de la humanidad, depende este estado caótico presente. Clamamos por un cambio radical, basándonos, los unos, en el ajuste social; los otros, en la cultura; muchos, en tal o cual credo religioso, y algunos, dándoselas de santo, en la moral...

Pero, ¿es que nos conocemos? Sobre todo, de un tiempo a esta parte, parece como si cada cual viviera encerrado en un caparazón—torre de marfil, lo llaman!—acechando a los transeúntes que se atreven a arrimarse para despojarles impune y descaradamente.

Ya el fuego del ideal se apagó! Sólo se estudia y se trabaja por el dinero. Muchos ven de conseguirlo sin trabajar, y, ya son demasiados...

Individual y colecivamente estamos empujados a una carrera de atropellos de los que nos hemos de reponer a diario. Y es que, desorientados, sin rumbo fijo, buscamos la felicidad en el acopio de necesidades que aumentan día a día. Buena casa, mejores muebles, automóvil, amigas costosas, mesa variada, honores, gloria... constituyen la tierra prometida. Cómo si la vida fuera eterna y toda esta quincalla constituyera la felicidad. Los que lo han probado, que digan con sinceridad si es esto. La felicidad es lo otro: retorno a la sencillez, renuncia a lo superfluo, cultivo de nuestro espíritu, amor a los nuestros, respeto a todos dando a cada uno lo que suyo es, el anhelo de alcanzar a Dios...

Y, ¿qué tiene que ver la Historia con todo esto? Claro que tiene que ver. Si su verdadero sentido nos hubiera alcanzado, tiempo ha que nos hubiéramos comportado de otra manera.

Hemos visto por Historia una serie de hechos y de personas aisladas, llenos de inverosimilitudes, que nada dicen, sino es a la pobre memoria y a la imaginación. Nadie se ha preocupado por hablarnos de irradiación de cultura de pueblos unidos por vínculos de espíritu y de sangre, ni de consideraciones conseguidas con honestidad. En la escuela, en los institutos, en las universidades, se obliga a estudiar pueblos aislados sin ver en ellos nexos con otros presentes o pretéritos. Los hechos no pueden existir por sí, sino considerados como una serie de causas y efectos. Los personajes no son hijos del azar, sino del medio y las circunstancias. Y así, cuando hallamos analogías entre pueblos muy distantes, por ejemplo: el asirio, el drávida y el maya, paramos nuestra curiosidad y decimos: coincidencia. No, en la vida no hay ni azar ni coincidencia. Y lo que debería ser síntesis de los conocimientos: arte, filosofía, religión, ciencia, sociología, estrategia, geografía... se reduce a una insípida narración cuyo colorido depende del que tenga el señor que explica o escribe. Así resulta que, mientras para unos, Gengis Kan, por ejemplo, fué un solemne salvaje, por otros es tenido por estratega peligroso y diplomático sagaz; que mientras muchos toman el ejército de Jerjes como inmenso, otros lo limitan a lo comprensible y natural; que mientras hay quien considera a Felipe II por un santo, para muchos es un diablo...

Ya sería hora de que empezáramos a ser un poco serios, respetuosos y comprensivos.

Estudiando a la humanidad por zonas de cultura, ganaremos en comprensión. Viendo los hechos como inevitables, comprenderemos el por qué del estado presente.

El Imperio Romano fracasó porque se olvidó de los vínculos espirituales: en vez de asimilar, fue asimilado: lo que la lengua une, los hombres no pueden romper: así se vió que la división política iba aparejada con la religiosa de Oriente y Occidente. El latín y el griego no podían entenderse. El Feudalismo no se hubiera debilitado a favor de los reyes, si las Cruzadas no hubiesen exigido de los señores más de lo que podían dar. La Guerra del 14 y la actual no hubieran tenido efectividad si aquellos "claros varones" del Congreso de Viena del año de 1815 hubiesen tenido más cerebro y mejor corazón.

Haciendo la filosofía de la Historia, podría ser que acabásemos por cambiar el actual concepto de patria que tántos trastornos ha ocasionado.

Y haciendo ver que cada uno es una unidad del conjunto que sufre, lucha y muere, pudiéramos lograr más perfección en nuestras obras, recordando que la calidad del todo depende de la de cada elemento.

Lo que queda de los pueblos es su aportación de adquisiciones del alma, así como de los individuos, aquello que goza de consideración son los valores morales. No igual es la significación de un Aníbal, de un César, de un Napoleón, que la de Pericles, Bolívar y Lincoln. Y, en otro campo, tampoco pesan igual las intenciones de un Rothschild, un Ford o un Thiesen, y las de Mozart, Masaryk o Gandhi. Hay muchos héroes que debieran caer de su pedestal. En muchos humildes se encierra más dosis de mejor heroísmo, y su conocimiento podría ayudar a que se le diera a la vida otra finalidad, porque vivir, yo creía que no era esto...

LORENZO VIVES

Hacienda "San Lorenzo",
Alajuela, C. R., Marzo del 43.

Welcome!

Mr. Henry A. Wallace

(*Envío del autor*).

Bienvenido a la pequeña Costa Rica, ilustre peregrino de las nuevas rutas fecundas de América, descubiertas a la planta de los hombres de buena voluntad y acción por el espíritu vidente de aquel noble "Buen Vecino" fuerte como Lincoln, como Lincoln grande!

Bienvenido a este dulce rincón del Continente, en donde la maravilla de un sol tropical es tesoro en los surcos que nos dan el pan de cada día, y bandera de oro en las cumbres de las montañas, fuentes de vida y de sana inspiración! Y en donde el sol de la libertad riega a torrentes su luz bienhechora por los caminos del espíritu y despliega victoriosos estandartes en las cumbres de la Idea.

Bienvenido, egregio ciudadano de esta América, una en la titánica contienda guerrera que hoy se libra por los fueros sacrosantos de la libertad y la devoción a la democracia en su expresión superior de justicia! Y una también mañana en la hora suprema de las vastas transformaciones creadoras del futuro en que, sin perder ninguna sus perfiles esenciales y sus atributos históricos, redimidas por la acción viril reinvindicatoria de sus pueblos las que padecen el cáncer de sátrapas y delincuentes detentadores del poder, las jóvenes naciones de América—vértebras férreas articuladas de un Continente pacífico, hospitalario, ubérrimo y fuerte—erijan perpetuada sobre los cimientos profundos e inconmovibles del mutuo respeto y la comprensión más amplia, la gran obra de la confederación de la América del porvenir: grande por su geografía, espléndida, y más grande por el culto a la libertad, por la justicia y por el respeto a la dignidad del Hombre.

Bienvenido a nuestro suelo, señor!

R. COTO

Costa Rica, marzo 18 del 43.

Don José C. Zeledón

Por Anastasio Alfaro
(En el *Rep. Amer.*)

Nació don José Zeledón en esta capital el 24 de marzo de 1846: sus padres don Manuel Zeledón Porras y doña Carmen Porras Vargas procuraron darle la educación posible en aquel tiempo; pero las necesidades de un estrecho patrimonio obligaron al joven educando a buscarse en el trabajo prematuro los elementos de vida, cuando apenas contaba diez y seis años de edad.

Se hallaba en Costa Rica el Doctor Frantzius, notable por su ilustración y amor al estudio de la fauna tropical, inexplorada y rica en novedades científicas. El joven Zeledón encontró en el Dr. Frantzius un amigo y protector, que supo modelar su mentalidad privilegiada, hasta hacer de él un excelente colector de pájaros y un naturalista de esperanza.

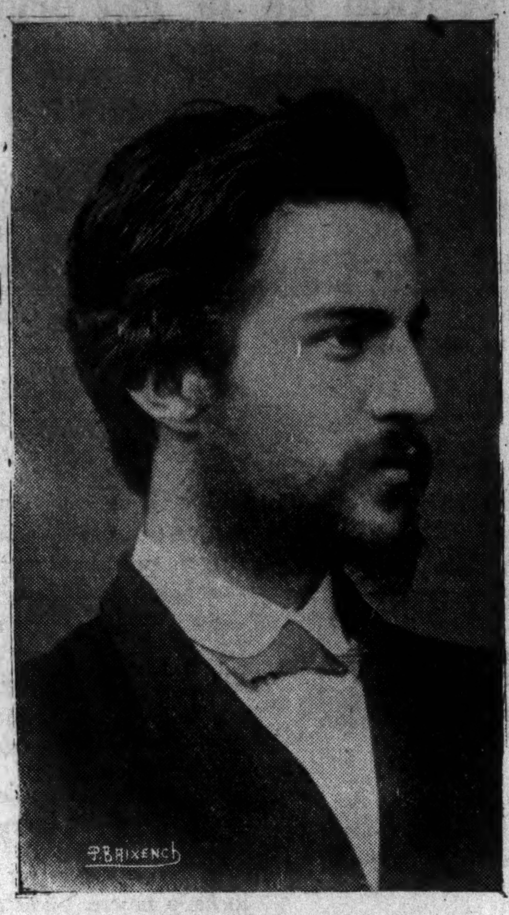
Antes de su mayoridad había recorrido las montañas de la meseta central en todas direcciones, colectando especies de la avifauna del país, que los ornitólogos europeos y americanos daban a conocer en revistas científicas de Alemania y los Estados Unidos. Para estimar lo que valen el esfuerzo y entusiasmo de los veinte años hay que pensar en que muchas veces se hacen largos viajes, por bosques y costas, en medio de las mayores dificultades, para conseguir un colibrí raro, u otro animal insignificante, que para un naturalista de profesión valen más que el mejor rubí o la esmeralda de mayor precio.

En 1868 salió el Doctor Frantzius de Costa Rica, en viaje de regreso a su patria, llevándose a don José Zeledón, quien a su paso por Washington resolvió quedarse en el Instituto Smithsoniano, en cuyas torres se alimentaban las águilas más potentes del mundo científico americano. Allí, al amparo de aquel potente foco luminoso, fundado para extender y difundir las luces entre los hombres, sin distinción de pueblos ni de razas, tuvo por cuatro años abiertas las puertas del saber humano, al lado de grandes investigadores, dedicados como apóstoles de la ciencia a revelar los secretos de la Naturaleza, en el amplio escenario de la vida, donde todo es luz, verdad y entusiasmos.

El mundo de las aves era para el joven naturalista un filón de oro macizo que debía explotar, no con la codicia del que atesora barras de metal fundido, sino con el anhelo del hombre de ciencia, que va dejando en el curso de la vida una estela luminosa, formada por el chisporroteo constante de sus descubrimientos.

A partir de aquel tiempo, la mejor recomendación que podía presentarse en los círculos científicos de Washington era la de ser amigo del ornitólogo costarricense: desde los hombres más notables, en aquel emporio de ilustración universal, hasta los últimos asistentes de laboratorio, conservaron siempre un lugar destinado en sus recuerdos afectuosos para el José Zeledón de veinte y cinco años, de ojos expresivos, sonrisa de cariño, con el alma abierta a todos los afectos. Alguna vez se presentó al Departamento de Agricultura la solicitud de una beca para un joven costarricense, dotada por el Gobierno Americano con setenta y cinco dólares al mes y reunido el Consejo acordó que aunque tales becas estaban destinadas exclusivamente para ciudadanos de los Estados Unidos, tratándose de un recomendado de don José Zeledón tenían que pasar por encima de la Ley, y el joven estudiante gozó de tal prerrogativa excepcional.

En 1872 preparaba el geólogo William Gabb la exploración de Talamanca, en virtud de contrato celebrado con el Gobierno de Costa Rica y obtuvo de don José Zeledón, residente en Washington, el contingente de sus servicios como naturalista preparador, pagándole cien dólares mensuales y todos los gastos de transporte: así regresó la seno de la Patria y pudo trabajar durante año y medio en nuestras montañas del Sur, quizá palúdicas, pero ricas en plantas y animales raros.



Don José C. Zeledón
primer ornitólogo de Costa Rica.

Diez años después publicó su primer catálogo de las Aves de Costa Rica, en que aparecen setecientas especies clasificadas científicamente, de las cuales tenía cuatrocientas representadas en su colección particular, que constaba de mil quinientos ejemplares, incluyendo las muestras duplicadas de machos, hembras y pájaros jóvenes.

En 1885 publicó en Washington un nuevo catálogo corregido y aumentado con especies adicionales; más tarde regresó al país y publicó en el libro de don J. B. Calvo un estudio de nuestros pájaros, arreglado por familias, con notas biológicas que por primera vez se daban a conocer, pues eran la cosecha de su personal observación.

Desde la fundación de nuestro Museo Nacional figuró don José Zeledón como miembro de la Junta Directiva y sus consejos se consideraron siempre de altísimo valor. Los *Anales* de ese establecimiento, correspondientes al año ochenta y siete, registran un nuevo catálogo de las aves de Costa Rica, aumentado con numerosas adiciones y la descripción de una especie nueva para la ciencia.

A partir de aquella época se multiplicaron los descubrimientos científicos, siendo el señor Zeledón, un director técnico en las exploraciones y el mejor consejero de los colectores novatos, así fueran nacionales o extranjeros venidos al país.

En 1895 contrajo matrimonio con doña Amparo López. La vida del hogar y los negocios de farmacia ocuparon gran parte de su tiempo al final de la carrera, pero el entusiasmo por las investigaciones ornitológicas se mantuvo latente hasta los últimos días: todos los naturalistas que vinieron a Costa Rica encontraron en don José un amigo y consejero, compañero a veces, cuando se lo permitían sus ocupaciones, siempre agradable y entusiasta, desde la cumbre de nuestros volcanes hasta las playas de ambos mares.

En su cómoda y espaciosa residencia en la Sabana mantuvo siempre una gran pajarera, con muchas especies vivas, alegres y bulliciosas, como si gozaran de completa libertad: eran las compañeras de sus recuerdos juveniles, evocadoras de amistades perdurables y un reflejo de la selva virgen, donde tantas ilusiones se forjara en el siglo pasado.

Sin desatender los negocios de la Botica Francesa, donde había trabajo tanto tiempo y de la cual llegó a ser propietario, hizo repetidos viajes a Washington, en cuyos gabinetes de historia natural sentía un inefable deleite, como si la fuerza impulsora de la ciencia fuera indispensable al éxito de sus negocios y un alivio de la quebrantada salud en los últimos años. Tenía además un variado jardín, rico en orquídeas y árboles frutales, que convertían su residencia campestre en un paraíso verdadero.

En el valioso libro titulado *Nomenclatura de Colores* puede verse la alta estima en que lo tuvieron los naturalistas americanos, especialmente el Profesor Robert Ridgway, quien consigna en la dedicatoria impresa los siguientes conceptos: a don José C. Zeledón de San José de Costa Rica, amigo verdadero e inmutable por más de cuarenta años, como huésped, guía y compañero de excursiones en las montañas de su admirable país y cuyas voces de aliento han hecho posible la publicación de este libro, se lo dedicamos con el mayor afecto.

Otra honrosa distinción es la dedicatoria de una familia de pájaros nuevos, lo cual constituye el mayor timbre de gloria a que pueden aspirar los grandes naturalistas. Hay además otras muchas especies de aves nativas que llevan su nombre por haberlas descubierto en Pacuare, Tucurrique o en Pozo Azul de Pirrís.

Satisfecho como estaba con sus amistades numerosas en Norteamérica, no se había resuelto a conocer Europa y cuando hizo viaje, por vía de salud y de recreo, fué para no volver con vida al seno de la Patria, pues la muerte lo sorprendió en Turín el 16 de julio de 1923, dejándonos su recuerdo grabado con letras de oro en la ornitología nacional.

Don José Zeledón era de naturaleza noble, sincero y servicial con sus amistades, de tal modo que su muerte se sintió más de lo que la pluma puede consignar, como dice uno de sus amigos de medio siglo, en carta fechada dos semanas después en Illinois.

Hay apellidos que pasaron por el cielo de la Patria como un meteoro luminoso: tal fué el de don José Lorenzo de Viera, casado con doña Leonor Jiménez Maldonado, quienes tuvieron solamente hijas mujeres, una casada con el Capitán Juan Díaz de Herrera, otra con Antonio Pérez Zamora y la tercera con Juan Francisco Paniagua. Pero la familia de Juan Porras y doña Juana Sibaja Monterroso se extendió por el valle central de Costa Rica, dando origen a don Juan Rafael Mora Porras, don Pedro Porras Bolandi y don José Zeledón, Porras por

(Concluye en la página 112).

Clementina Suárez

(En el *Rep. Amer.*)

De Honduras, Olancho. De Olancho, Juticalpa. Y de Juticalpa, el "guayape".

El "guayape" es un río de "Las Mil y una Noche" centroamericanas, lleno de leyendas amables, sonoro en su discurrir entre huiscoyolares, a cuya vera, en las noches de luna, los duendes y la *Segua* tejen sus embustes eróticos para engañar a los ilusos enamorados. El "guayape" arrastra, también, oro. ¿De dónde extrae la rubia arenilla que juega al sol canicular, o en la noche cerrada finge un cielo volcado con sus diminutas estrellas? Quién sabe, ni nadie ha osado saberlo. El oro viene arrastrándose en sus aguas, desde el fondo de la entraña misma de la tierra...

Clementina Suárez—que yo llamaría Clementina la Suave,—es de Olancho y tiene mucho del "guayape". Ya en Honduras es una frase hecha, desde los lejanos tiempos en que un poeta la lanzó a la circulación, aquello de que Olancho "es la tierra del oro y del talento cuna", parecida a aquella otra antioqueña de que "en Colombia el talento es una peste"... Tiene Clementina mucho del "guayape", hemos dicho. De agua diáfana en eterno movimiento, renovada a cada instante, con algo de brujería y mucho de oro vivo, que no ha menester de la pica del minero ni de la alquimia o artificio del orfebre para dar su reflejo. Acaso sin ella saberlo, de manera subconsciente (en ese estado mediúmnico tan frecuente en los poetas), Clementina ha reflejado su vida interior en estas estrofas:

"Hace algún tiempo
algo mío se va...
Me nutro de otras sangres
y la vida se prolonga.

"Huellas que se van borrando.
Y tanto que las quería!
Pero siempre hay fuentes que llegan
a llenar la vena vacía..."

¿Veis? Ahí está ya la subconsciente remembranza del río. El río huidizo, que se renueva a cada instante. El río proteico, que se nutre de muchas aguas. El río sonoro; el río áureo...

Yo podría hablaros de los versos de Clementina, que tienen también alternativas de río. Porque a veces tienen mansedumbre de pozas azules y profundas, música de cascadas florecidas de espuma y exornadas de iris, estrépito de "repunta", expansiones de agua que no cabe ya en su cauce y se desborda. Así va ella desde el arrullo, hasta la música bárbara, arrítmica, con la que expresa su canto nuevo. No es la poetisa de una sola actitud ante la vida. No es el ojo fijo en un solo paisaje. Ni es la tañedora de *quijongo* que pulsa una sola cuerda. Ella es la mujer completa, para quien no quedan secretos. Es el ojo que capta, en su absoluta integridad, todo el panorama del mundo. Y es la orquesta, apta para traducir toda la sinfonía. Desde *Los Templos de Fuego* y *Corazón Sangrante* —primeros atisbos de su alma— hasta sus últimos poemas, aún inéditos, hay la distancia que media entre el nacimiento del "guayape" hasta el instante en que se abraza con el mar. Ella, en esta última etapa de su vida lírica, es la mujer que ya gustó de todas las aguas de la Vida y que, por haberlas gustado, les pudo extraer su callado secreto...



Clementina Suárez.

El símil del río, y Clementina, me parece ahora perfecto.

QUINO CASO

Costa Rica, marzo del 43.

2 poemas de Clementina Suárez

(En el *Rep. Amer.*)

Se levanta el mar

Como poder desde acá,
desde donde las ventanas están cerradas
para callar los gritos,
que se oyen en el silencio como buscándonos;
no estirar la mano al agua y acercar los fantasmas
que desde los andenes nos están reclamando
con sus ojos donde hay tantas palomas heridas,
y clama gritando la sangre.

Como poder detener el pecho,
ante el crujir de los caminos y el trizar de las espigas,
como no saltar ola por ola,
escribiendo en el aire con dedos de fuego
en letras separadas un alfabeto nuevo.
No vamos solos al asalto,
caimanes, espumas y fieras están con nosotros.
en remolinos baja el viento que nos ayuda
frente a frente.

Quién hay ahora que no se revele
y no tenga en el alma una voz incendiada?
Luchando estamos por el sitio del cuerpo
y hasta por la inicial del nombre.
Ahora vamos de pie con uñas, dientes y relámpagos,
si alguno cae otro se levanta
con raíces que crecen debajo del azufre.

Oh vida entre la muerte! Oh muerte entre la vida!
Salvada te queremos. Salvada para siempre.
Tienes que entrar a fuerza en los ojos abiertos,
sin nieblas en que enterrados estén los calcañares.
Declarada está la guerra del aire contra el aire,
los hombres de las bodegas ya contestan la pregunta
y tirándola de cuerpo a cuerpo,
la noticia va volando.

Que nunca, nunca, aparte la mirada,
de donde están. De ahí donde están,
ardiendo con la espada y la flecha en la mano.
Sin apartar el corazón, ni el hueso, ni la espalda,
de donde la muerte grita, de donde la muerte llama,
para entre jinete y hombre
levantar el mar.

Poema del paso desatado

Desde mi sangre dos niñas me miran
con ojos que se clavan en mi cuerpo vacío,
entran y están de pie como mundos completos;
colgados de su luna, de su sol y su sueño.
Tapándote la cara quisiera defenderte
huella leve que andas y desandas mi camino,
miedo de madre tengo—sin embargo—quiero que saltes
que saltes sobre mi sangre sin volver a verme.

Desde mi boca sin fecha yo te digo adiós
nada tengo que ver con tu tallo, tu flor, tu árbol,
estás de mi desprendida, enorme en tu distancia,
con las manos al viento, de mi vena te fuiste,
sin pañuelo ni pena, ya libre en el paisaje.
Sobre mis hombros andas para ver y oír,
tu paso no es indeciso porque ya está marcado;
ningún lobo te espera para aprovechar tu llanto.

No cabe ya en mis manos tu florecido día,
mientras tu cuerpo asciende ya estoy yo de regreso.
Pedazos de tu pan me darás en la boca
dándole así a mi muerte un poco de tu vida.
De mi dolor arriba es que nació tu dicha
yo retoñé un hijo, un hijo, y otro hijo,
para que tú vinieras sobre mi espalda andando
y entre el agua y la yerba revivieras palomas.

Diez muertes en mi vida para que tú nacieras
sin raíz de tiniebla, y sin huesos heridos,
lo que dentro de ti pueda sobrevivirse,
ya no es mío ni tuyo sino del porvenir.
De eso hace mucho tiempo, por eso vas volando,
elevándote y creciendo como espiga de fuego
que desde el umbral de sí misma moviera el universo.

Desde mi sangre triste dos niñas han volado
como arcángeles bélicos con la espada en la mano,
con sus manos de seda van derribando muros
y no hay mar que detenga su paso desatado.
Ellas nada sabían mas nunca preguntaron,
andando en el silencio todo lo comprendieron,
en el aire se han ido, en el aire, en el aire,
salvadas para siempre de lo triste de la sangre.

Costa Rica, marzo de 1943.

3 poemas nuevos

(En el *Rep. Amer.*)

Poema de una voz con alas

(*A Carmen Lyra, autora de los Cuentos de mi tía Panchita*).

Tía Panchita: tu voz,
cuando se acerca a mi oído,
tiene pájaros que gritan
¡Libertad..!
por los espacios.

Afina su gama de iris
la dulzaina de los vientos
en el hábito haraposo de los cipreses poetas;
y tu voz—música y llanto—
es orquesta de colores
afinando en mis oídos
la ronda de tus deseos.

¡Tu voz, surtidor de notas
que está vertiendo en la raza presagios de nueva aurora!

Tía Panchita: tu voz ¡cómo clama por los hombres!

Arbol cansado de luces que floreció en primavera.
Tu tronco quebró sus ramas
y estalló en flores con alas.

Toma mi mano de cobre,
rómpela con tu mirada,
llave de la nueva aurora.
Abre el cobre de mi mano y encontrarás la semilla,
esa semilla con alas
que ayer dijiste a los hombres.

Tía Panchita: tus dedos
tienen vuelos agitados,
resumen de agrestes cumbres y de nubes mensajeras;
parecen como cuajados en la entraña de la tierra.
Tus dedos de flecha virgen
guardianes de nuestra causa.

Mi sangre, donde rebeldes
se vaciaron los volcanes,
hace erupción de cadencias por los ríos de las venas
cuando desatas tu voz,
rosa de fuego en combate;
tepunahuaste sagrado donde sacuden sus iras
manos morenas de indio.

Tu voz cuando a mí se acerca
tiene pájaros en fuga,
océano de aguas rojas con peces de libertades.

21-II-1943.

Nostalgia de lo que no llega

¿Qué me cuenta la tarde extranjera
de distancias azules,
de recuerdos descalzos,
de pericos
—hojas verdes que arrancaron los vientos al amate dormido—
que bañan los cerros de gritos y risas?

¿Qué me cuenta la tarde del indio bronceado,
del paisaje enredado en el rancho,
del volcán adornado con plumas verdeantes
y del huérfano río que quiebra en las piedras su voz de limosnas?

¿Qué me cuenta el celaje de mi Cuscatlán,
del Ilopango artista
que ha olvidado los años
por desearse preñado de estrellas
y sentir en su vientre luminosas aletas en caricias de vidrio?

¿Qué me cuenta la tarde del suburbio con hambre,
del cipote palúdico,
de la obrera enfermiza,
de la abuela del barrio con cabeza de luna,
que hoy ya es margarita con sus rizos de canas?

Cada tarde espero una carta escrita en colores.
Espero noticias que no sean tristes,
que no de prisiones,
que no de hospitales.

Cada tarde espero leer la palabra.
Una sola palabra
que dé al indio su tierra;
que al obrero le pague la sangre exprimida en sudores;
que haga dueña del grano maduro
a la mano morena que con sangre bendijo el arado.

¿Qué me cuenta la tarde de esa palabra
que tiene lectores en cada mirada
y en cada silencio, plegaria y espera?

Cantos al hombre nuevo

III

Viento hecho música azul en arco de pinares.
Música del pino verde
sobre un órgano de sol y de cristales.
La vida de los hombres hecha flor.
La vida de los hombres hecha fruto
en el aire.
Agita un rayo de luz nueva bandera
y un credo joven renace en labios niños.

Un credo nuevo para un minuto nuevo.

Caminos de rosas grises
adelgazan sus venas de barro a tus pies.
Ve por ellas, hermano,
cántales
tu credo nuevo para el minuto nuevo.
tu credo de libertad,
de la raza sin colores,
sin nombre,
la raza sola del universo enlazada.

La esclavitud se prolonga por arterias invisibles;
descúbralas tu mirada
y quiébralas en tu pecho joven.

Palabras de vida florecen sobre tus labios.
Hermano, suelta esa ronda.
Cántales tu credo nuevo para el minuto nuevo
y verás nacer alas,
flores con alas,
vidas con alas
en vuelo por los astros.
Corazones de triángulos y luces
que conjugan su milagro en una estrella.
Verás como la tierra se levanta
y a tu gesto germina en primaveras.
Verás los hijos todos de la tierra
en oración perfecta
rezando el credo del minuto nuevo.

Y a tu voz, resonancia de milenios,
hará eco la verde de los pinos
sobre un órgano de sol y de cristales.

Costa Rica, febrero 28 del 43.

PILAR BOLAÑOS

Visión de Chile

Por Emilio Rodríguez Mendoza

(De *La Hora*. Santiago de Chile. 11 de octubre de 1941.)

(*Envío del autor*)

I

No se me engañó al decirme que encontraría un ambiente gratísimo en el país y en la noble ciudad que vivió en drama y en tragedia; en la ciudad que vió a Bolívar, vidente y visionario, y a Miranda, del cual supervive en forma estatuaria el hecho genérico de que no sólo pensó en la libertad de su tierra; sino por la del conjunto continental.

Caracas es una ciudad llena de historia y saturada de evocaciones que surgen de los nombres de evidente procedencia hispánica: Cuartel Viejo, Canónigos, Gradillas, San Jacinto y su reloj de sol...

A veces me parece estar en Sevilla y es curioso que en una ciudad que vivió e ilustró tan larga vida, no haya prosperado aún más la tradición, creación peculiar en que de la imaginación brota el heroísmo, la pasión o el dolor.

Muy pocas ciudades del Continente suscitan las sugestiones de Santiago de León de Caracas, y era persistente mi deseo de vivir en ella y de sentir su ambiente prócer a la espera del tema, mezcla de historia y de arte, concretado y estilizado poco a poco por las evocaciones en que son pródigos los remansos y los rincones caraqueños.

No, no me engañaron los que me hablaban de Caracas en forma de incitar mi devoción por las ciudades, los temas y los hechos susceptibles de ser interpretados como los imagineros castellanos tallaban las maderas de sus esculturas, que luego vestían o pintaban para avivar la ilusión apasionada de lo viviente y plástico.

Tampoco me engañaron los que me anticiparon que encontraría un ambiente muy halagador para mi país. Así es, y es hidalgo y oportuno que ratifique de paso como muestra de agradecimiento sin regateos, que aquí hay sobre Chile una idea muy amplia y bondadosa, que mis compatriotas y yo hemos querido retribuir modestamente, extendiendo algunas flores enlazadas por nuestros colores nacionales, ante la tumba fulgurante y animadora en que los restos del Libertador parecen orientar, como un día lejano desde lo alto del Monte Sacro, los destinos de su pueblo y de la América.

Y la mejor prueba de que no fuí mal informado acerca de la cordialidad acogedora y auspiciosa que aquí he encontrado, es esta fiesta que debo agradecer, subrayando brevemente algunos rasgos esenciales de Chile, cuyo Gobierno está empeñado en estos momentos en racionalizar sus relaciones con los otros países del Continente, de acuerdo con la transformación sustancial de las distancias a que nos toca asistir y que es la hora, imperativa y trágica, de utilizar prácticamente; en efecto, las ondas radiales van y vienen de uno a otro Continente, o de uno a otro país; las distancias se han acortado hasta casi desaparecer y, en el caso de Venezuela y Chile, ya no hay que dar la vuelta cosmográfica por el Estrecho de Magallanes para venir a los puertos del Caribe porque, en realidad, el tajo practicado por el primer Roosevelt al istmo fué para los países del Pacífico meridional, como cambiar el frente de la casa...

II

La depurada cultura del auditorio que asiste a esta brillante velada en honor de Chile, conoce nuestra historia, por lo menos como síntesis sustancial; así es que debo limitarme a enumerar algunos rasgos esenciales de la nacionalidad en materia territorial, histórica y social.

Físicamente, la forma de mi país constituye una verdadera originalidad geográfica: "Chile y su loca geografía", acaba de sintetizar certeramente un escritor de talento.

Son cuatro mil trescientos kilómetros de costa los de esa "loca" y prolongada geografía, a veces acantilada sobre el mar y correspondientes a un territorio en relieve, "entre el mar y la montaña", según la definición del poeta Dublé Urrutia, uno de mis antecesores en la Legación que se me ha hecho el honor de confiarme.

En tal dilatada extensión, hay desde el próbido clima intertropical, hasta la nieve perpetua de los **fiords** y los estrechos australes en que uno cree ver de nuevo a Magallanes, el de los cien días sin ver otra cosa que mar y cielo, moteado de nieve y pasando como un visionario de uno a otro Océano...

La posesión de todos los climas escalonados verticalmente dentro de una extensión de más de cuatro kilómetros, quiere decir, en cuanto a mapa económico, que Chile tiene casi todos los productos naturales, desde el trigo, cuya producción anual ha llegado hasta un millón de toneladas.

En materia mineral, es el segundo productor de cobre, y su salitre es irreemplazable en ciertos sentidos, porque contiene yodo, metaloide biológicamente insubstituible.

Por otra parte, un territorio en que la fuerza motriz está almacenada en la cordillera, que corre a través de todo un hemisferio, tenía que avanzar hacia una actividad industrial cuya producción es ya tan múltiple, sin excluir el acero de los Altos Hornos de Corral, que impulsa más y más a ensanchar el reducido intercambio mutuo de nuestros países, yendo de una vez a los conciertos comerciales, que en estos mismos momentos busca, inteligentes y fraternalmente, la Misión Comercial Chilena, lo que quiere decir que los Estados **desunidos** del Sur, como dije en una Universidad española, buscan, al fin, si no la anfictionía genialmente preconizada por Bolívar el camino nuevo y prometedor de su articulación comercial eficiente.

Chile, especie de tejado sobre el mar, carece de profundidad territorial y tiene, por consiguiente, las ventajas de sus inconvenientes, es decir, no existen distancias apreciables al mar, el perpetuo incitador a la navegación y la aventura, característica novelescas del carácter nacional. Como que, vaya uno donde vaya. encontrará a algún compatriota trotamundos, que un día se coló en un barco, de carga o de lo que sea, impulsado por su dinamismo elemental.

La anchura máxima del territorio es de trescientos cuarenta kilómetros, y la mínima, de ciento veinte, o sea lo estrictamenet necesario para que el que se acueste a lo ancho, no alcance a mojarse los pies en el Pacífico, mar del futuro, porque los Estados Unidos del Norte puedan terminar el siglo con quinientos a seiscientos millones de habitantes; porque la China se civilizará con o sin Japón, y porque los países del Pacífico meridional, como todos los de América, progresan rápidamente.

Un dato demográfico más: la población pasa de 5.000,0000, en que étnicamente, predominan las dos sangres fundadoras: la del español, recio y temerario de la conquista, y la del aborígen, que durante tres siglos defendió garrote y lanza en mano, sus tierras, sus ríos y sus bosques salpicados con la sangre de la flor nacional.

III

Consumada o a punto de hacerlo, la conquista incásica, uno de aquellos tres de la fama a quienes dijo Pizarro, futuro marqués de Atabillas: "Por aquí se va al Perú a ser rico y por aquí a Panamá, a ser pobre", se sintió incontenible, tentado de llegar hasta el "acabamiento de tierras", como se decía vaga y temerosamente, aludiendo al extremo austral del Continente.

Después de poner con Pizarro las manos en el altar de la misa mayor, y, además, de comulgar con la misma hostia, Almagro, el tuerto, partió con su expedición, a cuya cabeza iba el Adelantado, en una cabalgadura con herrajes de oro, del levantado al pobre Atahualpa.

Tomó el Alto, siguió impávidamente hacia el meridión, y cuando se acabaron los bastimentos, la expedición que había partido con arreos y atuendo de marcha triunfal, continuó adelante como fantasma extraviado e insomne, en medio de la desolación y un frío de paramera.

Descendió al fin, al valle de Copiapó y prosiguió siempre al sur, consumando aquella especie de descubrimiento preliminar del "acabamiento de tierras". Y como no encon-

tró ni un mísero maravedí, Don Diego y su mesnada audaz, retornó al Cuzco, donde, después de la infortunada batalla de las Salinas, Almagro, el tuerto, no tardó en ser agarrotado por Hernando Pizarro.

Año y medio después partió con menos aspecto épico; pero con más pujanza, don Pedro de Valdivia, cuya fundación de Santiago del Nuevo Extremo, Chile celebra estos mismos días.

"El valeroso extremeño", como dice su estatua del cerrito de la fundación, le escribía a Carlos V, comparando su hallazgo del "acabamiento de tierras", con el Paraíso terrenal...

Valdivia es uno de los dinámicos más infatigables de la Conquista; avanzó al sur, lluvioso y poblado de pinos asaltados por los copihues, especie de orquídea de los bosques sureños, y tras cada terrón y cada arruga del suelo hosco y montuoso halló un aborigen con su honda, su lanza y su garrote. Y empezó la lucha de tres siglos, de que brotaron las octavas reales de "La Araucana", escritas en los intervalos jadeantes de aquella brega sin fin en que la indiada escogía las noches de tormenta para irse encima, ensordeciendo el aire con los alaridos del "chivateo" aborigen.

Felipe II llamó a la guerra de Arauco el matadero de sus soldados, y no le faltaba razón al Monarca, aconchado rosario en mano en el Escorial sepulcral, porque al parecer era cierto que bastaba que los aborígenes golpearan el suelo con sus lanzas de luma para que brotaran los combatientes.

Vencido y martirizado, Valdivia prosigue la lucha entre conquistadores y aborígenes, y de tiempo en tiempo, la vida y la organización rudimentaria de la Colonia, vacilaban de cuajo, estremecidas por las arremetidas de los araucanos, que llegaban una y otra vez hasta las márgenes del Bío-Bío y aun del Maule.

Pues bien, la guerra sin término sostenida por el aborigen, influyó indudablemente en los orígenes nacionales como en la economía elemental de aquellos días; mientras se guerreaba del Bío-Bío al sur, desde el río Maule al norte iba diseñándose lentamente la vida agraria, cuyo rudo molde primigenio había sido la encomienda.

Todo el centro, en que mal que mal y a pesar de las escaceses, consecuencia de la guerra de Arauco, el criollaje campesino, se dedicaba a las siembras y las engordas, dando al futuro país una fisonomía agraria, lo que a su hora imprimiría peculiaridades distintivas a la lucha por la Emancipación. En efecto, la hacienda chilena, es decir, el fundo campero, moldeó al patrón, agricultor rudimentario entonces, que en su chata casona de adobes y corredores para asolear las cosechas, vivía en contacto diario y de sol a sol con sus tierras y sus inquilinos, sembradores, chacareros y jinetes montados en pellones.

El latifundista era y es frecuentemente una especie de padre de la gente que pobiaba silenciosamente sus dominios: un padre con la mano dura y el tabaco fuerte; una mezcla de feudal, de patrón y de capataz; pero que estaba casi constantemente en medio de su gañanía y sus cultivos, lo que consistía un lazo social rudimentario, y cuando empezó la lucha emancipadora, que en muchas partes de América germinó a través de causas económicas profundas, el hacendado fué el cabecilla de sus inquilinos, armados de lanzas, lazos y machetes, que seguían entre el polvo o la lluvia tras el patrón, en acción libertaria y revolucionaria, después de haber mascullado a escondidas "El Contrato Social". de Rousseau, o alguna obra revulsiva del abate Reynal.

IV

Rebasaría evidentemente las dimensiones sintéticas de este pequeño ensayo, si intentara seguir el desarrollo chileno, etapa a etapa evolutiva; la revolución de 1810, la cual empezó a plasmar en los Cabildos, reflejo lejano de la vieja organización comunal de Castilla, fuerte núcleo central que hizo la compactación de España en un todo poderoso después de la Revolución de 1810, rebote lejano de las guerras napoleónicas, la Reconquista de Osorio, ruda sin ser sanguinaria; luego la Independencia definitiva después de batallas relativamente pequeñas como número, y en esto se parecen a los frisos griegos y grecorromanos; pero enormes como resultados. Empieza en seguida la República, es decir, la entrada efectiva a un ensayo audaz, cuyo resultado inevitable, dada la carencia de experiencia, recursos y cultura, tuvo que ser la dictadura o'higginiana, fecunda, por lo demás, en orientaciones atrevidas y creadoras; luego, la anarquía desorbitada y cuartelera que mantuvo la convulsión desde la caída de O'Higgins, pasando por el ensayo federalista y la fobia y los dicterios tóxicos de pipiolos y pelucones.

Tras la anarquía, la sangre y la desorientación, o marcha atrás, producida por el desorden y las ideologías inadaptables, la República autocrática reciamente cimentada en la Constitución de 1833. Facilitó la organización general; dió sesenta años de paz y evidentemente incurrió en olvidos, sobre todo en materia de cultura y bienestar popular; pero alcanzó a formar hábitos y tradición porque sesenta años de tranquilidad laboriosa fueron un período fecundo, transtornado, al fin, por la guerra civil que en 1891 despedazó el autoritarismo, no exento de olvidos culturales y sociales; pero dentro del cual, el país creció austera y reciamente.

En 1925 hubo de volverse a la autoridad central y se produjeron trastornos y violencias constitucionales; pero se sancionó una serie de reformas concordantes, encaminadas primordialmente al bienestar, la cultura, la salud, al cultivo de un sentimiento intenso de la nacionalidad.

En eso se trabaja sin tregua en estos momentos y, gracias a Dios, es un maestro y un estadista el que orienta las aspiraciones y los destinos nacionales.

Bein prueba esta fiesta que en Venezuela, cuya lejanía con Chile, en vez de alejar acrecienta la estimación mutua, se aprecian con justicia, no exenta de benevolencia, los esfuerzos hechos por nuestro país en el camino de su avance armonioso y evolutivo, y estoy seguro de no equivocarme al asegurar que en la tierra honrada con este homenaje imperará siempre el interés de la Patria y el respeto de sus símbolos, como el de las individualidades, militares o civiles, que señalaron la trayectoria del porvenir a base de cultura, de bienestar, de disciplina, de trabajo.

Señores: mis compatriotas y yo no olvidaremos fácilmente el homenaje, ni los conceptos grávidos de sentido, que han tenido para Chile los hombres, ilustres por su cultura y su labor, Picón Salas y Rómulo Betancout, que se han asociado a esta fiesta, enegalanándola generosamente con su talento

---

Talla y verdad del hombre

(En el *Rep. Amer.*)

La garra:

Hitler

Vedle... al pasar empaña los cristales del día,
con el fálico brazo pasmado en gesto inmundo.
Por sus ojos verdosos de saurio se diría,
que están espiando todos los pantanos del mundo.

Lengua de hoilines húngaros que resbalan un techo
sobre la frente, el pelo denuncia al cuadrumano;
en tanto que la araña del bigote, en acecho,
alza su cruz de patas sobre el género humano.

No es este, nó, el buen oso que busca la silvestre
hebra de miel goteante de los altos panales,
por cuyas danzas ebrias sonríe Apolo ecuestre:

Cargada del estruendo de los Juicios Finales,
es la Bestia Inaudita que escarba en lo terrestre
y su uña hace brotar un chorro de chacales!

Mussolini

Muñeco de algodones con hacha de pirata,
en pleamar de grasas ondula sus rocinos;
larva de buey-obispo, Bonaparte de lata,
cantidad hecha grito, pulmón de desatinos.

Paja erudita al viento, espíritu del heno,
pared gesticulante, constelación del hipo,
fecundidad neumática, ecuación de lo ajeno,
para Abisinia, Pirro; y para Itália, Edipo.

Rata de augustas ruinas, su saliva oratoria
escupe entre los mármoles yacentes, y enarbola
tinieblas degolladas en frisos de la Historia;

Mas, rana de las Thermas, se descuartiza sola
frente al Dante, que mira de lo alto de la Gloria,
compartiendo la risa del gran Savonarola...

Franco

Coquetón, birretudo y buen mozo, el lacayo
de Cádiz al Cantábrico pasa como un insulto.
No sé por qué soporta la tierra de Pelayo
bajo el sol de Castilla a este hijo del tumulto.

Cobarde enterrador de rejas y violines,
dá palmas de académico a Sancho y le hace rico;
mientras a Don Quijote le hallan los malandrines
llorando ante el cadáver del dulce Federico...

En fácil mancebía del lúbrico germano
o en carne de beduinos, toda la España nuestra
nos da a mirar, trocada por su traidora mano;

Mas, sus rojos claveles de indignación nos muestra
la sangre heroica y pura del genio castellano
que aplastará al malvado con la potente diestra.

La anti-garra:

Stalin

Pirámide biológica en vértice al paraíso,
en él no hay lo Inefable ni el dolor del Enigma:
exacto como un tronco, como un monte, macizo,
es honra de lo humano, cimiento y paradigma.

Al funeral del Lobo asiste con su gesto
tranquilo, de altas nieves, apacible y estoico.
Montaña y Mar unidas en tectónico incesto
nos dieron este augusto engendro de lo heroico.

El tímpano del mundo recoge los latidos
de su paso gigante por todas las esferas
donde la garra humana se tiñe de gemidos;

Absoluto y magnánimo, sus palabras austeras
sólo oye Pedro el Grande, mientras los foragidos
de todas las cavernas encienden sus hogueras!

Churchill

La ruda edad del Lobo talló su gesto cáustico
igual que en los basaltos tallan los huracanes.
Del humo de su *puro* surge un sutil y fáustico
ensalmador, que mueve pigmeos y titanes.

El sombrero en chistera, de una exacta elegancia,
es ápice que cubre la flor de su talento;
pudo él ganar sonrisas de los Luises de Francia
o estar junto a los papas del gran Renacimiento.

Cuando sale de caza por sotos de la Historia,
—uniendo al fuerte brazo, como un azor, la Idea—
hay un coro de leones por bosques de la Gloria;

Y, aunque el vaho del germano manche la luz [febea,
la voz de sus cañones pronuncia la Victoria
y Atila, temeroso, de su corcel se apea!

Roosevelt

Estandarte de América batido a todo viento,
su clásica sonrisa se entreabre en fruta joven.
Su sien es blanca y firme como si en un momento
se detuviera el Niágara escuchando a Beethoven.

En tanto que el planeta—toro siniestro—muge
y echa a rodar su grito por las constelaciones,
le salta la esperanza a los labios, y ruge
con voz que cae a lo hondo de todas las naciones.

Desde un rincón del tiempo a Espartaco le [hubiera
extendido la mano en la tierra latina
que hoy huellan las inmundas improntas de la [fiera;

Y bajo el sol de Jefferson que a aplaudirle se [inclina,
alzando a todo lo alto del cielo su bandera
con Washington por lo ancho de los mares camina!

CESAR ANDRADE Y CORDERO

Cuenca, Ecuador. 1942.

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los autores, Centros de Cultura y Casas Editoras).

Hemos recibido de *The Hispanic Society of America* (Broadway, between 115 th and 156th Streets, New York, N. Y., U. S. A.):

el segundo Núm. de *Notes Hispanic* (An Annual Publication Devoted to Art and Crafsmanship of Spain and Portugal). 1942.

Contiene: *The Use of the Reed Pen by the Artists of Andalucia. The Royal Factor for Silversmiths, Madrid. Lustre Pottery Made in Cataluña. Plated Headdresses of Castilla and liest Spanish Cloisonné Enamels. Spanish Dwarfs.*

Price $ 1.00.

G. González Contreras: *Trinchera.* La Habana. 1940.

(Todo canto que contiene o describe el dolor del trabajo o del pueblo, es un poema de masas. Si pinta su angustia y sus estertores, es una elegía; si mueve a redimirlas es un canto épico. Trinchera de Gilberto González Contreras es elegía y canto épico del pueblo salvadoreño, del pueblo americano...—Vicente Lombardo Toledano).

Alberto Quintero Alvarez: *Nuevos cantares y otros poemas.* México

(Quintero Alvarez: una poesía con fuego en sus ramas, una dignidad elevada desde las raíces hasta el aire sonoro de las hojas, una primavera de palomas quemadas, una poesía en que el silencio se llena de temblores.—Pablo Neruda).

Distribución especial del *Fondo de Cultura Económica.* (México, D. F.).

*

Envío de la Société pour les Relations Culturelles entre L'U.R.S.S. et les Pays Etrangers. 1939. Moscou:

Pouchkine. Recueil d'articles consacrés au grand poéte russe Alexandre Pouchkine.

(Precioso el contenido. Esmeradísima la edición. Un buen ejemplo más que da Rusia al mundo).

Envío de la *Revista Americana* de Buenos Aires: *Por qué nos armamos.* Por Franklin D. Rooseevlt. Buenos Aires. 1941.

*

En una preciosa edición:

Pablo Neruda: *Canto General de Chile.* (Fragmentos). México, D. F.

Mucho le agradecemos al autor el honroso puesto que nos ha señalado entre los 86 americanos (mujeres y hombres) para quienes ha sido impresa especialmente esta edición del *Canto General de Chile.*

*

Los folletos interesantes:

Romeo Fortín Magaña: *Morazán idealista y legislador.* San Salvador, El Salvador. 1942.

José Nucete-Sardi: *Osadía y leyenda de Roberto Cunninghame Graham.* Editorial Elite. Caracas. 1942.

Tercera Exposición del Libro Venezolano. 29 de Novbre.-17 de Dicbre. 1941. Edición en homenaje a don Andrés Bello. Caracas. 1941.

14 Traditional Spanish Songs from Texas. Transcribed by Gustavo Durán. From recordings made in Texas, 1943-1939, by John A., Ruby T. and Alan Lomax. With and original drawing by Antonio Rodríguez Luna.

(Atención de Music Division. Pan American Union. Washington, D. C. 1942).

Prof. Centeno Güell: *La Escuela de Enseñanza Especial.* (Su origen, finalidad, organización y funcionamiento).

En las publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. 1941. San José, Costa Rica.

Dos conferencias de Miguel A. Macau: *Influencia de la Literatura en las costumbres y Francia bajo el Consulado.*

2da. edición. Habana. 1941.

Con motivo de la conmemoración del "Día de las Américas":

Dos Conferencias, por Herminio Portell Vilá, Profesor de la Universidad de La Habana, y Pablo Abril de Vivero, Encargado de Negocios del Perú. Habana, Cuba. 1942.

Publicaciones de la Institución Hispanocubana de Cultura.

Virgilio Ferrer Gutiérrez: *Palabras a mis compañeros de Costa Rica.* (Teatro Nacional, San José, 11-9-41).

Habana. 1941. Ediciones de la Revista *Indice* (Apartado 1989. Habana. Cuba).

En la Biblioteca Americana de Economía, Serie C, Núm. 1:

La cooperación en Venezuela, por A. Fabra Ribas. Edición del Instituto de Esutdios Cooperativos del Cauca. Popayán. 1942.

Lorenzo Luzurriaga: *La Enseñanza Primaria y Secundaria Argentina comparada con la de otros países.* En las publicaciones del Instituto de Estudios Pedagógicos (de que es Director el señor Luzurriaga) de la Universidad de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras. Con el autor: Tucumán. República Argentina.

Alberto Arredondo: *China de perfil.* Conferencia. La Habana. 1943. Con el autor: Aptdo. 816. Habana. Cuba.

Oswaldo Escobar Velado: *Poemas con los ojos cerrados.* San Salvador, El Salvador, 1943.

Con el autor: 6ª Carrera O, Nº 4. San Salvador.

*

Señalamos:

Marques Rebelo e Santa Rosa:

ABC de Joao e Maria.

(Un livro feito "con inteligencia, com simpatia humana, com sentimiento brasileiro").

1 2 3 *Pequena Tabuada de Joao e Marta* ("a ideia do numero e das operacoes mais elementares").

Amigos e inimigos de Joao e Maria. Con la colaboración científica de Valdemar Versiani y diseños técnicos de Julius Kaukal.

("Animais que devem ser combatidos e outros que devem ser protegidos").

*

Como publicación de la Escuela Maternal, San José de Costa Rica, 1941:

Que mi niño sea feliz!

("un arreglo más bien que una traducción", de un folleto publicado en inglés por el *Children's Boureau* de los Estados Unidos", dice la Directora de la Escuela Maternal, doña Margarita Castro de Merino).

2 poemas inéditos de R. Brenes Mesén

(En el *Rep. Amer.*)

Preludio

Y me siento
en mi aposento
a meditar
por largas,
largas horas.
A veces me visitan,
a espaldas de la Noche
las Auroras
que vienen a enjugar
el llanto de mis ojos.
—Pero, ¿por qué llorar?
—Porque la tierra toda
hondo alarido lanza;
porque oigo los lamentos
del mundo que parece
gemir sin esperanza;
porque oigo la segur
que entendimientos poda;
porque perece un mundo
bajo impasible azur;
porque la sangre riega
los surcos del ayer,
y puede que ya nunca
lo volvamos a ver!
—Pero tú sabes que la Muerte siega
sólo cuanto es mortal.
—Lo sé, Visión Augusta,
y que hay una Belleza que no muere
y una sabiduría
de espíritu inmortal.
No sé llorar por el valor eterno,
sino por lo que fía
en el fugaz momento,
en eso transitorio
que volverá mañana
sin ser reconocido.
Lloro por los follajes
que se llevó el Otoño,
no por la primavera
que brotará temprana
con su graciosa ronda
de flor y de hoja y fronda.
El mundo que declina
hacia un sangriento Ocaso
apenas es follaje
de milenaria encina.
Un mundo Nuevo asoma.
Tras esta humanidad que se asesina
apunta otro linaje
de más santo entendimiento.
—¿Lo sabes, pues? Entonces,
¿no es vano tu lamento?
—No! no! Visión Celeste!
Sobre la tierra vivo,
y su dolor es mío.
La atmósfera contiene
una tan honda angustia,
venida de tantas partes,
que el aire que respiro
tiene sabor de llanto;
que toda voz que escucho
a la distancia, tiene
los dejos del suspiro;
que toda luz que miro
en mi retina cuaja
alguna escena viva
de un íntimo quebranto,
de una mortal herida,
de una muerte sin mortaja,
de seres que se besan,
y lloran, y se apartan
para no verse más,
de mártires que triunfan
sobre el martirio mismo.
Ni el pan ni el agua dejan
sobre mi lengua el gusto
de su inocencia pura:
mi paladar le siente
sabor del hambre ajena.
Los niños que se exilian
hacia extranjeras lenguas,
me salen como lágrimas
de una salobre pena,
de aquí, de mi agonía,
y me arrebatan todo,
mi patria y mi bandera.
¡Ay! qué bandera tan amplia la mía!
Porque tras ellos sigo,
a modo de estandarte
contra huracán tendido;
ya que no soy baluarte
en su defensa altivo,
mi pabellón de amor
les servirá de abrigo.
Mi patria y mi bandera,
donde el hermano sufre!
Mi patria y mi bandera
do va mi pensamiento,
y nada hay que no alcance
la luz de entendimiento!
Y así, devoradoras,
con ojos que han perdido
sus párpados de paz
se arrastran las serpientes
de estas sangrientas horas
entre guadañas y hoces
que siegan en agraz
toda cosecha humana.

Mas llega ya la aurora
con luz para mañana.

Enero 31, 1938.

—o—

Thais

Thais

Madre Abadesa, Gracias!

Este aire de la tarde transparente
recibirán en su cuenco de zafiro
el aroma y la luz de mi plegaria:
la postrera de todas mis plegarias,
porque con ella se me irá la vida.

Abadesa

Aquí están otra vez los ruiseñores
que cantan invisibles.
Venid, Novicias, y escuchad el coro
que del jardín nos viene:
trinan cuando habla Thais, y cuando calla
también se oye el silencio de la tarde.

Una Novicia

Os fatigáis, hablándonos?

Thais

¡Si toda yo soy alma en el recuerdo!
No siento la presencia de mi carne,
porque es toda ella una oración del alma.

La veste bautismal con que en la fuente
tres veces se me hundió, viene al recuerdo
con la memoria de Teodoro, el santo,
que me llevó en sus brazos al bautismo:
Fué de noche, a la luz de las antorchas;
se respiraban en el aire, himnos
e incienso, y santidad de rosas y de lirios.

Pero llegaron para mí los días
de danzas, y de flautas, y de fiestas;
porque desde que abrió la adolescencia
su flor de limonero en mí, las Gracias
derramaron sus ritmos en mi oído,
en mis caderas y mis pies, en todas
las rosas en botón de mi hermosura:
dancé, porque es de música mi esencia,
mi aliento fué de música en la flauta,
mi espíritu fué música en mi canto;
en el amor fué música mi cuerpo
porque el amor es danza
del corazón y el pensamiento unidos.

Sólo la danza adora,
sólo la flauta gime
los éxtasis de amor,
sólo la voz enciende
el incensario de oro
de una pasión de amor.
Toda ha sido de música mi vida:
siento también que mis postreras horas
son como la melodía de la tarde
que se desgrana en voz de ruiseñores.

(Pausa).

Abadesa

Divinos ruiseñores
que cantan cuando tú hablas,
y que invisibles callan
cuando tu voz se esconde.

Si te fatigas no hables...

Thais

Mientras te oía, Madre,
como una bandada de cisnes del Nilo,
blanqueó en mi memoria fiel, Alejandría,
la de los poetas, la de mármul puro,
la de las escuelas de filosofía,
en donde escuché a los sabios de la Syria,
a los oradores de la blanca Atenas.
Ví las caravanas de Damasco y de Efeso,
las de Babilonia y de olorosa Arabia:
ví la Alejandría de los cien jardines,
ciudad de las tardes de melancolía
y meditación ante el azul del cielo;
frente al mar surcado de barcos de vela,
cargados de ideas, de vino y de frutas,
y de misteriosas religiones nuevas.
Los higos de Smyrna, las mieles de Himeto,
odas de Anacreonte, Latín de Tibulo,
la ostentosa Alejandría de mis danzas,
en donde los ocios de los cultos reyes
llenaron augustos palacios de libros,
de estatuas de dioses extraños de Oriente:
en sólo un salón, profundidad y encanto;
en sólo un jardín, la luz de los misterios,
por siempre velados al ojo del hombre.
La verdad de luz, o la verdad suprema,
se alcanza con el éxtasis;
con la razón, jamás.

(Pausa).

Fuí la dulce carne de mujer diseminada
por el mundo de los hombres que no hallaron nada
en su posesión desnuda, porque no halla el hombre
en lo que busca, algo más que lo que lleva en
[su alma.

El beso de amor es un aroma que no muere;
el furtivo beso de la carne es frágil flor
que entre los recuerdos y deseos se deshoja.
Fuí la tentación irresistible de los besos.
Mis pasos en la danza regaban talismanes
que trémulos fluían, de mis caderas tensas,
a despertar las sierptes de la pasión en hombres
que poco entendieron de filosofía y de arte.
Pero los artistas y poetas prolongaban
la contemplación de mi cuerpo en meditaciones
sobre la armonía de los mundos y los seres,
o sobre la forma ideal de la lira de Orfeo,
modelada en mis caderas de austero contorno,
o sobre las fuentes del amor y del deseo.

Para ellos fué mi cuerpo melodía,
toda mi carne, música de esferas;
toda mi piel, jardín de malva y rosa.
Y de las rosas y las malvas se iba
el pensamiento a la región del alma,
que no se explora en una vida entera,
y se la hallaba más hermosa siempre,
que los vergeles que regala el Nilo.

Oyéndolos, se entró en mi sér el ansia
de comprender mi vida y mi Universo,
de concertar con la Belleza pura
el ritmo de mi danza y de mis besos,
el de mi canto y de mi dulce flauta.

Y en un atardecer de Alejandría,
entre avenidas de papiros rubios,
me hallé una fuente de agua fresca y clara,
a cuya orilla me tendí a escuchar
la fácil lengua con que canta el agua.
Como llevaba dátiles conmigo,
bebí del agua y me sentí contenta,
lejos de mis riquezas y aposentos:
y allí en la fuente apareció el milagro.
Fué como si todos mis amores de la tierra
se me hubiesen incendiado en una inmensa pira.
De lágrimas fué el agua
en que lavé mi iniquidad, Dios mío:
allí nació mi amor de vida eterna;
y si un tiempo perfumé para el amor mi cuerpo,
un divino amor me lo perfuma desde entonces,
para que mi alma viva en un santuario augusto,
limpia de toda mancha para la vida eterna.

Ruiseñores de un jardín celeste, en torno mío,
cantan de tal suerte que no se oyó así mi flauta
Hoy sé que el encanto de mi piel y de mis ojos,
que toda la magia de mi voz y de mi danza,
desde que se irguió mi cuerpo, como almendro en
[flor,
viénenme del alma, y viénenme de ti, Señor;
porque tú sabías que buscaba en mis amores
un solo divino amor de duración perenne.
Era así como una misteriosa certidumbre
de que yo lo encontraríe, sin saber adónde.

Tu perdón. Señor, embelleció mis limpios labios
y esta mi postrer plegaria pasará por ellos,
como por el aire pasa
tu mirada de sol y de azul.

Sol que te pones, Aton, Adonai!
Adonai, de inexhaustos esplendores,
aunque alumbras los rostros de los hombres,
tus huellas, Adonai, son invisibles.
El león de piel que es oro en cuarzo,
de ojos solares, la paloma de arrullo
enamorado, todo de ti desciende,
de tu calor y de tu luz, Adonai,
Señor de vida, Espíritu yacente
en el Aire y en el Agua,
y en la Tierra y en tu Fuego,
Sol de todos los soles, Adonai, Adonai.

Gracias, Señor, que me sonríes, fúlgeo,
al borde ya del horizonte en fuego.
Llévate mi alma, Adonai, Adonai,
pendiente de los últimos fulgores
de tu infinito Esplendor, Espíritu del Sol,
Adonai, Adonai!
Aton, Adonai!

Abadesa

El Señor se la ha llevado
en la luz de su Esplendor.
Los dulces ruiseñores se han callado.

Es tu voluntad, Señor!

Costa Rica, 2 de Mayo, 1942.

Fluoresceína

(En el *Rep. Amer.*)

El profesor tiene interés en que todos atiendan. Está comenzando a explicar la volumetría, y si logra hacerlés comprender el principio, todo lo demás les resultará fácil. Si disolvemos 36,5 gramos de ácido clorhídrico en agua destilada hasta ajustar un litro... Desde su asiento en primera fila, Cecilia estira el cuello para mirar hacia el corredor. Hoy no se siente con ganas de estudiar. Algo le remuerde adentro. Con un gesto de disculpa hacia don Gonzalo, se levanta y llega hasta la escalinata de entrada. Desde allí se puede ver el corredor de la Escuela de Ingeniería. Estuvo un momento mirando hacia allá, recostada en el marco de la puerta. El corredor estaba desierto, y ahora vuelve a ocupar su puesto en clase.

El profesor explica algo de reactivos indicadores. Para familiarizar a sus discípulos con el asunto, hizo traer varios tubos de ensayo con reactivos, con ácidos y con bases. Gotas de soda cáustica caen en un líquido incoloro, haciendo aparecer una nube perpurina, que se deshace dejando todo el líquido de color rosado. Otro tubo, en que brilla con reflejos extraños una solución básica teñida con fluoresceína, se reduce a un color amarillento desagradable al caer en él unas gotas de ácido. Algo en aquel cambio corresponde a lo que le preocupa a Cecilia. Anoche se entretuvo en dejar caer gotitas de ácido en la conversación con su Jorge, el estudiante de ingeniería, hasta que, de pronto, la noche perdió su encanto y el otro se despidió—sin enojarse, sin decir nada especial, pero con un aire... La sensación que le dejó la reconoce ahora en el cambio del reactivo ese. Siente el alma desteñida y amarilla; porque lo ha hecho sólo por entretenerse, por verlo (tan serio y sencillote como es) molesto e inseguro. Pero lo quiere, y, en esos momentos, quisiera decirle algo, hacerle un gesto de saludo que le diera a entender su estado de ánimo y la reconciliara consigo misma.

Dos bandidos sorprendidos en las gradas de la Escuela, alegan a gritos con cuatro vaqueros. El problema: decidir si están muertos o vivos.—Así no juego! Así no juego!—dice uno de los presuntos muertos. Se alejan discutiendo y dan la vuelta a la esquina. Sentado en las gradas del lado opuesto a la entrada, queda únicamente Dieguillo Fuentes. Aunque tiene derecho a estar en lo más bullicioso de la discusión, rumia ahora algo que dice su papá. Diego va pasando bien en la escuela; es entusiasta por los vaqueros y el basket. Todo eso está bien, pero esos cuentos de magos y de encantamientos son puras idioteces.

Ese es un gusto que Diego conserva de otros años. No se trata de Blanca Nieves ni de Pinocho. Pero en algún cumpleaños le regalaron un libro de cuentos, y en él (aún tiene el libro) encuentra alquimistas con retortas y hornos y lechuzas disecadas; magos orientales de voluminosos turbantes, que de una vasija pueden libertar a un genio diecisiete veces más grande que ellos mismos, o iluminan una estancia con un movimiento de la mano; y princesas horribles cuyo belleza aguarda secuestrada en una redoma de cristal. Aunque él no hace comentarios, al papá le irrita ver que todavía se entretiene con tales cuentos. A ratos Diego, que sabe que son cuentos, desea que fueran de veras esas cosas. Le gustaría estar en la cueva del alquimista. No tendría miedo si el espíritu del Amoníaco o el espíritu del Hierro se le aparecieran entre las llamas del horno. ¿Por qué será que las cosas bonitas no son ciertas?

Suena el berrido del timbre eléctrico, y, en los corredores, risas y pasear de estudiantes. En la escalinata del otro lado asoma una muchacha con dos vasos largos y angostos. Mientras mira con aire distraído hacia la otra cuadra, vierte en el líquido amarillento de uno gotas claras del otro. Instantáneamente juega en el agua una luz verde, intranquila, que baila y juguetea cuando la muchacha lo mueve. El chiquillo se queda mirando, y nota que los ojos de la señorita son verdes, aunque más oscuros que el líquido del tubo. ¿Talvez quiere eso para hacerse más verdes los ojos? Le revolotean en la cabeza las frases del cuento de la princesa fea. Los ojos verdes, de pronto, lo miran a él. Cecilia ha notado su atención fija en ella, y (tal vez halagada) le dice:

—¿Quiubo, doctor?—Diego lanza un gruñido sordo y hace viaje, algo colorado. No le gusta que lo crean entrometido. Pero, si en la puerta de la Universidad ha visto formarse luz verde en un tubo, puede que otras cosas increíbles no sean idioteces. Si de verdad fueran para los ojos aquellas luces... La muchacha no parecía maravillarse de lo que estaba haciendo. Quizá si supiera tanto como ella, no le parecería tan raro. Se le ocurre entonces, corriendo la mente sin darse cuenta por qué líneas, que, cuando enciende la luz con el interruptor incrustado en la pared, ilumina la habitación con un movimiento de la mano. Suponiendo que el mago del cuento conociera la electricidad y el escritor no, hubiera expresado de la misma manera misteriosa una cosa tan sencilla como prender la luz. Guarda la idea para repasarla "cuando llegue la corriente", a las cinco, y se acuerda de que estaban jugando de vaqueros y salteadores.

En la segunda hora de Química, se trata de aplicar la volumetría a problemas sencillos. Cecilia, un poco más tranquila (el orgullito es lo que más molesta: una vez decidida, ya lo peor pasó) piensa que no pudo ver a su ingeniero en el recreo. Disimuladamente sale, y se estaciona de nuevo en lo alto de la escalinata. Apenas ha estado allí minutos, cuando ve aparecer en el corredor de Ingeniería un muchacho moreno, que se inclina sobre la baranda y enciende un cigarrillo. Se queda mirándola hasta que él acierta a volver a ver, (ahora, las gotas de soda alcalina) con naturalidad muy convincente agita el brazo en un gesto de saludo. Cree ver cómo se le alegran los ojos al muchacho, que responde con igual gesto. Momentos después, se lo llevan otros compañeros envuelto en conversación; el instante de comprensión mutua pasó, pero ahora está ella tranquila. Se queda sonriendo, sintiendo en la cara el aire que del Este le trae olor a campo.

Dobla la esquina una pareja, cuarentona y humilde. No es aún la hora de entrar él al trabajo. De camino, discuten el problema de la mayor, que quiere ir al Colegio. El prefiriría que se quedara en casa, ayudando, o buscara un empleo en una tienda. La chiquilla sueña con estudiar y pasar luego a la Normal. La madre, recordando la lucha de su hermana viuda, piensa que, hasta donde les sea posible, deben ver que sus hijas tengan alguna preparación para la vida—algo con qué contar en el día de desamparo. Al pasar, observa él a la estudiante en lo alto de las gradas. Se ve sana y feliz, erguida, con alegría en los ojos. Así lle-

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

DOS TOMOS: $ 5.00
Giro bancario sobre Nueva York
EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
oro am.

garía a ser su Meri si la pudiera mandar al Colegio. Miraría la vida confiada y valerosa. En su fuero interno, decide hacer el sacrificio que sea necesario para ello; pero a la esposa le dice solamente: —Habría que pensarlo mucho... Ella, que reconoce en el tono el comienzo de la condescendencia, no lo apremia ni insiste. Cerca de la otra esquina, comenta impersonalmente: —Pasado mañana se cierra la matrícula...

Termina la segunda hora. Don Gonzalo se pregunta si debe anotar a Cecilia entre los ausentes. Aquí estuvo, cierto.

Pero estaría pensando en la inmortalidad del cangrejo.

Como es "recreo grande", se encamina el grupo de estudiantes hacia la refresquería cercana. En la esquina, se les acercan dos futuros ingenieros. Jorge le tiende la mano a Cecilia (como si tal cosa, anota ella con regocijo), y le dice—¿Qué has hecho?

—Nada, y vos?—frunciendo la naricilla respingada

Siguen caminando juntos. Dieguillo, atisbando a los bandidos desde la tapia de un jardín, los ve pasar. Los ojos verdes bailan y juguetean y brillan.

De seguro que ya se tomó el agua verde del frasquillo.

R. LUCAS RODRIGUEZ C.

Costa Rica, enero de 1943.

Decimos al lector: hay que fijarse en este Lucas Caballero, profesor joven del Liceo de Costa Rica. Creo que nos resultará un escritor extraño, interesante. Hoy se asoma a las ventanas del *Rep. Amer.*, por donde soplan los cuatro vientos del espíritu.

La amistad de Bentham con José Cecilio del Valle

(De *El Diario de Hoy*. San Salvador, enero 18 de 1943).

Hace pocos días que el gran Rafael Heliodoro Valle, alto poeta e infatigable divulgador de documentos históricos que se relacionan con el desenvolvimiento centroamericano, tuvo la gentileza de enviarnos un opúsculo en el que están recopiladas las cartas que Jeremías Bentham, uno de los más prominentes tratadistas de Economía y Derecho político que florecieron en Europa durante los albores del siglo próximo pasado, dirigió a nuestro sabio compatriota José Cecilio del Valle. En dicha correspondencia, cuya recopilación representa un esfuerzo meritorio del historiógrafo que desde la tierra del Anáhuac enaltece con su talento el solar morazánico, se advierte, en forma que deja muy mal parada a la maledicencia aldeana, la alta estima que el insigne jurisconsulto y economista judío experimentaba por la recia personalidad intelectual de quien redactó el acta de nuestra independencia.

Hasta ahora nadie ha intentado, que nosotros sepamos, justipreciar el influjo que las doctrinas de Jeremías Bentham ejerció en la estructuración de las nacionalidades de origen ibero; pero parece incuestionable que su ideología política contribuyó eficazmente a modelar las instituciones de los países que más se han acercado al ideal democrático. Montesquieu en Francia y Jeremías Bentham en Inglaterra, vienen siendo algo así como los padrinos de nuestras nacionalidades. Ellos eran, al iniciarse el siglo XVII, los legisladores de más alta nombradía. Don José Cecilio llamaba al autor de *Los sofismas políticos* "Padre" y el primer legislador del mundo. No nos consideramos capacitados para decir quién de los dos, si Montesquieu o Bentham, era superior; pero, a juzgar por su temperamento étnico, casi nos atrevemos a afirmar que es posible que las doctrinas del primero hayan sido más brillantes que las del segundo y, por tal motivo, su influencia entre nosotros, gente de abolengo manchego, se hizo sentir en forma más decisiva; pero también es muy probable que Bentham tuviera más profundo sentido realista que el genial autor de *El espíritu de las leyes*.

Nos confirma en nuestra anterior opinión la mentalidad positivista de los grandes americanos que fueron fecundados por el pensamiento de Bentham. Uno de ellos fué nuestro sabio Valle, el único pensador que ha enfocado con criterio económico nuestros problemas. El otro fué nada menos que Bernardino Rivadavia, el gran presidente argentino cuyas iniciativas legales, después de más de cien años de enunciadas, todavía les parecen a los políticos del Plata excesivamente revolucionarias. Hay que recordar que sin conocerse mutuamente, al mismo tiempo que Henry George, el profeta de San Francisco, predicaba su doctrina de liberación de la tierra, Bernardino Rivadavia proclamaba idénticos principios y llegaba a las mismas conclusiones en un vasto plan de reformas constitucionales que es actualmente conocido con el nombre de la *Enfiteusis de Rivadavia*. El movimiento georgista que en Argentina representa una fuerza política considerable y que tiene como gonfaloneros a mentalidades de la talla de Arturo Capdevila y otros intelectuales rioplatenses de gran renombre, enarbola el nombre de Rivadavia como la figura histórica que mejor simboliza su plataforma doctrinaria.

Jeremías Bentham sentía por José Cecilio del Valle y por Bernardino Rivadavia el más sincero afecto y la más fervorosa devoción estimativa. Los consideraba como los más altos exponentes del pensamiento hispanoamericano de su época. En lo que se refiere a nuestro esclarecido compatriota, anhelaba, si tuviera el don de hacer milagros, según lo expresó con toda llaneza en una de sus cartas, dividirlo en tres, a fin de que uno se fuera a los Estados Unidos del norte a cooperar con sus luces a la integración del gran fenómeno políticosocial que se estaba desarrollando en la tierra de Washington: otro se trasladara a Londres a intercambiar con el mismo Bentham ideas y aspiraciones, y quedara el otro en Guatemala para salvar la Federación. Una opinión como la del insigne pensador inglés, tan elevada y serena y, sobre todo, tan alejada del serpentario de pasiones rastreras de nuestros ambientes pueblerinos, es la mejor consagración de José Cecilio del Valle. Su juicio es un juicio definitivo e inapelable.

Hace algún tiempo, mucho antes de recibir el interesante opúsculo de Rafael Heliodoro, decíamos nosotros, en uno de los modestos comentarios que le hemos dedicado al ilustre prócer, poco más o menos lo siguiente: "Parece que providencialmente estaba allí Valle para salvarnos y nosotros le hicimos a un lado para perdernos". Nos complace que el juicio de Bentham, que aparece en una de sus cartas a nuestro prominente compatriota y que hasta ahora conocemos, coincida con nuestra humilde opinión. Bentham, en efecto, hace la más justa apología de nuestro sabio en estas breves palabras: "*De acuerdo con los medios que tengo para formarme un juicio según mis lecturas, si hay alguien en su América Central que pueda salvarla de que sea tragada del vórtice del despotismo (como mucho temo que ha ocurrido en Colombai) ese es usted.*"

Después de juicio tan autorizado, muy poco nos queda que alegar en favor de Valle.

ALFREDO PEREZ MENENDEZ

Don José Zeledón

(*Viene de la página* 104).

varios costados: era hijo de don Manuel Zeledón Porras y doña Carmen Porras Vargas, nieto de don Hilario Zeledón y doña Mercedes Porras, Mora y Fernández, de manera que estaba emparentado con gentes de mucho valimiento.

Don Nicolás Porras, bisabuelo de don José Zeledón era hijo de José Angel Porras Sibaja y el bisabuelo de don Juan Rafael Mora, Juan Agustín Porras Sibaja, era hermano de José Angel; otros Porras que también figuraron en la Villa Nueva de San José, eran hijos de don Alonso, el tercer hijo de don Juan Porras, de manera que todos los Porras son de la misma familia.

Así como el arco iris descompone la luz en variados colores, en esta familia hay una variedad de matices admirables: Tenientes de Gobernador, Presidentes de la República, Sacerdotes, Magistrados, Médicos, Farmacéuticos, Químicos y Naturalistas todos dedicados con ahinco al cultivo de sus vocaciones. Para don José Zeledón Porras el canto de los pájaros era un himno de gloria, los árboles del bosque eran altares de la Naturaleza y el nido del colibrí un relicario de amor. Había que verlo colectando en las playas de Pigres, cuando apareció de nuevo la *Arinia boucardi*, después de cuarenta ños de su descubrimiento primitivo, sin que antes se hubiera visto otro ejemplar, porque salía de los manglares solamente al clarear el día, para recoger de la arena los pequeños moluscos arrojados por las olas de la marea vaciante. Había que verlo en su pequeño gabinete de estudio, rodeado de libros de consulta y colecciones de aves disecadas por él mismo en años anteriores, que le recordaban las fatigas e incomodidades sufridas en la selva virgen de Talamanca. Más tarde, cuando pudo formar un hogar cómodo y dichoso, los pájaros vivos eran su mayor encanto, viendo siempre en el culto a la Naturaleza abiertas de par en par por las puertas del Cielo.

Costa Rica, marzo de 1943.